biblioteca de patrística

san jerónimo

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA

editorial ciudad nueva

San Jerónimo
La perpetua virginidad de María

Jerónimo fue un conocedor experto de la Biblia, a cuyo estudio se dedicó con gran intensidad durante su larga vida. Después de una experiencia de vida monástica en el desierto de Calcis, en Siria, aparece en Roma como asesor del papa Dámaso y entra en contacto con diversas personas que anhelan vivir en la virginidad y el ascetismo. No faltan quienes atacan y contradicen a estos grupos y tratan de desvirtuar sus ideales. En estas circunstancias escribe el santo un opúsculo lleno de vigor y entusiasmo sobre **La perpetua virginidad de María,** contestando a un tal Helvidio.

En este escrito san Jerónimo, aportando sus vastos conocimientos de exégesis bíblica, expone con ardor la doctrina acerca de la virginidad de María y su estrecha relación con el carisma de la virginidad consagrada que florece en el seno de la Iglesia.

Es preciso acercarse a estas páginas con buena voluntad y con espíritu de comprensión. Nos resultará, seguramente, excesiva la mordacidad del escritor, pero no dejará de impresionarnos la personalidad incomparable de Jerónimo que, aún a distancia de siglos y entre el contraste de luces y sombras, a nadie deja en la indiferencia. Las voces que han sido comparadas a los rugidos de un león, acaban por hacerse cálidas y suaves cuando se despide de sus lectores, considerándose como el «siervo» que ha tenido la dicha de verse involucrado en la causa que afectaba a la «Madre del Señor».

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

25

San Jerónimo

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA

Introducción, traducción y notas de
Guillermo Pons Pons

Editorial Ciudad Nueva

© 1994, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo, 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-86987-68-7
Depósito Legal: NA-702-94

Impreso en España - Printed in Spain
Fotocomposición: Compomática AZUL.
Tfno. (948) 30 32 37
Imprime: Navegraf S.L.,
Pol. Ind. Berriainz, nave 17,
31195 Berriozar (Navarra)

INTRODUCCIÓN

«Maestra de virginidad» llama san Ambrosio a la Madre del Señor[1] y no es de extrañar que quienes, desde los primeros tiempos de la Iglesia, hicieron profesión de virginidad consagrada se sintieran singularmente vinculados a María, la Virgen por excelencia, que es madre y ejemplo de vírgenes. En Roma, durante el siglo IV, el presbítero Jerónimo, hombre muy relacionado con personas de vida ascética, escribió un opúsculo, lleno de vigor y de entusiasmo, que trata de la perpetua virginidad de María.

Esta obra tuvo una importancia muy destacable por lo que se refiere a la exégesis bíblica y al desarrollo de la doctrina teológica. Aún hoy día sigue siendo objeto del interés de los estudiosos y merece ser conocida directamente. Su lectura nos aproxima a unas experiencias intensamente vividas y nos descubre los repliegues de la personalidad incomparable de Jerónimo, que, con las luces y sombras que le caracterizan, no deja nunca en la indiferencia a quienes se acercan a sus escritos.

Con la lectura de estas páginas del santo doctor se convence uno plenamente de que la figura de Ma-

1. *De institutione virginis* c. 6, n. 46, PL 16, 320.

ría atrae y conmueve a todos los cristianos y que no sólo se interesan por ella los que se distinguen por un espíritu de mansedumbre, sino también los que se caracterizan por un celo enardecido e impetuoso.

Virginidad y monaquismo en Roma

La capital del Imperio Romano a finales del siglo IV era una gran ciudad llena de contrastes y de inquietudes. Existía en ella la añoranza de ciertas costumbres austeras de la antigüedad, junto a la molicie y el despilfarro que el poderío imperial había propiciado. Por otra parte, la semilla evangélica había sido plantada allí desde los primeros tiempos de la predicación apostólica. El heroísmo y la virtud brillaron en medio de la corrupción del paganismo: pero también se hizo sentir dentro de la comunidad cristiana el contagio de los vicios de una sociedad degradada. Ya en el siglo II se oyeron los lamentos de un cristiano sincero que puso al descubierto sus preocupaciones y angustias en un libro tan sugestivo y misterioso como es el *Pastor de Hermas.*

En las postrimerías del siglo IV el cristianismo se halla en una fase de triunfo y expansión. El Imperio lo adopta como religión del Estado; la Iglesia adquiere brillo y poder; los fieles provienen de todas las clases sociales; con esplendor se celebran los cultos litúrgicos y con entusiasmo popular se venera a los apóstoles y a los mártires. No desaparecen, sin embargo los resabios del paganismo, sino que más bien se han infiltrando en la vida de no pocos fieles e in-

cluso en las instituciones eclesiásticas. Junto al oro acrisolado de la auténtica piedad aparecen los oropeles del conformismo y las más detestables hipocresías. Todo ello queda claramente reflejado en la vida y en los escritos de san Jerónimo.

La virginidad consagrada había florecido en la urbe desde los inicios de la predicación de la fe. Práxedes, Balbina, Inés, Irene, Emerenciana y otras muchas vivieron en plenitud este carisma en el seno de sus familias y con el apoyo de sus hermanos en la fe[2]. En el año 344 estuvo en Roma san Atanasio, acompañado por dos monjes de vida muy ejemplar. Las noticias y testimonios por ellos aportados fueron suscitando un gran interés y por entonces fue cuando surgió un intenso movimiento de espiritualidad monástica que dio origen a unas comunidades de vida ascética, que se establecieron en torno a algunas prestigiosas mujeres de clase aristocrática. Entre estas matronas destacan especialmente Marcela, Paula y Fabiola.

En el palacio de la dama Albina y de su hija Marcela, situado en el Aventino, un nutrido grupo de mujeres daba ejemplo de austeridad y de vida piadosa cuando, en el año 382, llegó a Roma Jerónimo que unos años antes se había integrado en el monaquismo oriental, morando por algún tiempo en el desierto de Calcis, en Siria, y que había profundizado en el estudio de las Sagradas Escrituras,

2. F. DE B. VIZMANOS, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva*, BAC, Madrid 1949, 639 y ss.

en contacto con personalidades tan significativas como Apolinar de Laodicea y Gregorio Nazianceno. Muy pronto la ciencia y la espiritualidad de Jerónimo llamaron la atención de las santas mujeres que se reunían en el Aventino y no cesaron hasta conseguir que aquel maestro llegado de Oriente acudiera a su noble morada para darles lecciones de Sagrada Escritura y de ascética cristiana[3].

Paula, viuda noble y piadosa, se interesó vivamente por el estudio de la Biblia y sobresalió en su conocimiento, llegando a tener un singular dominio de las lenguas orientales y de la interpretación de la Sagrada Escritura. Otras oyentes de Jerónimo en el Aventino, a las que conocemos por sus nombres, son, además de Marcela y de su madre Albina, Asela, consagrada a Dios desde los diez años de edad, Marcelina, Feliciana y Eustoquia que era hija de Paula.

Blesila, hija también de Paula, se casó con el noble Furio y a los pocos meses se quedó viuda; mas no dejó por ello de participar en la vida social, en la cual brillaba por su elegancia y distinción. Una grave enfermedad, que padeció poco después, fue causa de que reflexionara y se operó en su vida una completa transformación. Cambió de costumbres y descubrió el valor de la piedad cristiana, así como el gusto por la oración y por el estudio de la Palabra de Dios. Al poco tiempo una súbita dolencia la lle-

3. Ibíd., 530 y ss.

vó al sepulcro. Paula quedó sumida en el más profundo dolor y Jerónimo trató de consolarla con una carta llena de fe, que acaba con unas palabras que son las que él juzga que la difunta dirigiría a su madre, desde el cielo, diciéndole: «Si alguna vez, madre mía, me has querido, si me crié a tus pechos, si fui instruida por tus amonestaciones, no hagas cosa por la que nos hayamos de separar eternamente. ¿Te imaginas que estoy sola? En lugar tuyo tengo a María, Madre del Señor. Muchas veo aquí, a quienes antes desconocía. ¡Oh cuánto mejor es esta compañía! Tengo conmigo a Ana, la que antaño profetizara, según el Evangelio, y, porque más te alegres, yo he logrado en tres meses lo que ella granjeó en tantos años de trabajo. La misma palma de castidad hemos recibido»[4].

No todo el mundo era capaz de tener tan elevados sentimientos, ni todos los habitantes de Roma comprendían los ideales de la virginidad y de la vida ascética. No faltaron las críticas mordaces contra Jerónimo, a quien se culpaba de la muerte de Blesila, atribuyéndola a los ayunos y penitencias que había practicado durante los tres meses en que había observado las normas de conducta propias del monaquismo. En la mencionada carta de Jerónimo podemos leer estas significativas frases dirigidas a Paula: «No puedo contar sin gemir lo que voy a decir: Cuando, de en medio del cortejo del sepelio, te vol-

4. *Cartas de San Jerónimo*, I, Carta 39, a Paula, n. 7, BAC, Madrid 1962, 295.

vían exánime a casa, el pueblo iba cuchicheando entre sí: ¿No es eso lo que hemos estado diciendo siempre? La pobre se duele de que le hayan matado a puros ayunos a su hija y no haya logrado nietos siquiera de un segundo matrimonio. ¡Casta detestable de los monjes! ¿A qué se espera para echarlos de la urbe o cubrirlos de piedras o precipitarlos en las olas?»[5].

Tales acontecimientos y la diversidad de valoraciones acerca de ellos ponen en evidencia que el florecimiento de la vida ascética y la profesión de virginidad no eran materias que dejaran indiferentes a los habitantes de Roma. En este ambiente de confrontación, en el que aparecen el entusiasmo espiritual de unos y la crítica enconada de otros, se produce una acerada polémica que dará origen a diversas obras literarias de Jerónimo, llenas de vivacidad y no exentas de acritud.

El opúsculo titulado *De la perpetua virginidad de María*[6] es el más expresivo de estos escritos y en él no faltan páginas llenas de vigor, que son como unos enérgicos bocetos trazados por la ardorosa mano de aquel monje marcado por la desolada aridez del desierto de Calcis, y que, al mismo tiempo, ponen de relieve el continuo y penetrante estudio de los códices de la Biblia que llevó a cabo este asceta de origen dálmata, que por entonces actuaba como secretario y consejero del papa Dámaso.

5. Ibíd., n. 6, 293-294.
6. PL, 23, 193-216.

Helvidio

Las vírgenes consagradas eran objeto de una gran estima y consideración. Se las consideraba como testigos de la santidad de la Iglesia, ocupando el lugar que antes había correspondido a los mártires. Fue incluso necesario prevenirles de que no se complacieran en las lisonjas y en las adulaciones. San Jerónimo dice a Eustoquia: «No quiero que te venga soberbia de tu estado, sino temor. Vas cargada de oro, tienes que huir de los ladrones. Esta vida es palenque para los mortales. Aquí luchamos para ser allí coronados. Nadie anda seguro entre serpientes y escorpiones»[7].

En la Virgen María se procuraba destacar el don de la virginidad como norma y modelo para las vírgenes cristianas y como paradigma de su consagración de por vida al servicio de Dios. A Eustoquia, cuando a los dieciseis años de edad hace profesión de seguir este camino, san Jerónimo le dice: «Para mí la virginidad está consagrada en María y en Cristo»[8]. La carta que el santo monje en tal ocasión dirige a esta joven, oriunda de una familia de patricios romanos, es un precioso tratado, que el autor mencionará más tarde con el título *De virginitate servanda* y nos dirá que fue objeto de lapidación[9]. Quienes apedrearon esta epístola, que es quizá la más famosa de Jerónimo, o bien eran adversarios suyos,

7. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 22, a Eustoquia, n. 3, 159.
8. Ibíd., n. 18, 175.
9. Ibíd., Carta 52, a Nepociano, n. 17, 425.

como es el caso de Rufino, antes su amigo fraternal, o bien eran los que discrepaban del movimiento eclesial en pro de la virginidad consagrada y se oponían ardorosamente al auge que la profesión monástica iba adquiriendo de día en día por todo el orbe cristiano.

En Roma, concretamente, surgió una fuerte oposición frente al incremento de quienes cultivaban la virginidad y el monaquismo. En este clima de confrontación y de lucha, durante los años en que Jerónimo moraba en la urbe, aparecieron dos escritos contrapuestos: el de un tal Carterio, monje, en favor de la virginidad consagrada y el de Helvidio que se situaba en un punto de mira muy diverso, oponiéndose a una tradición y a unas doctrinas que estaban muy arraigadas en el seno de la Iglesia. Ambos libros se han perdido y sólo nos son conocidos a través del tratado de san Jerónimo en contra de Helvidio.

A base de estas noticias podemos formarnos una opinión acerca del contenido de la obra de este ciudadano de Roma, laico al parecer, al que el santo doctor contestó con polémico vigor y con doctos razonamientos. Es imposible que la exposición de Helvidio hasta cierto punto resultara atrayente. No combatía la virginidad de un modo absoluto. Sólo pretendía equipararla con el matrimonio. Tampoco era su propósito atacar a María, sino que la presentaba como un modelo imitable tanto para los que guardaban virginidad, como para los que vivían en el estado de matrimonio, pues sostenía que ella ha-

bía permanecido virgen al ser Madre de Cristo, pero que después se había unido a su esposo José y había sido madre de otros hijos, que fueron los «hermanos del Señor», mencionados varias veces en el Nuevo Testamento.

Estas afirmaciones no pudieron menos de suscitar una fuerte conmoción, pues se oponían a una consolidada tradición eclesial y a un sentido de la fe muy arraigado entre los fieles. Lo que más le perjudicó a Helvidio y le indujo a sostener tales opiniones equivocadas y desconcertantes fue una falta de sintonía con el sentir de la Iglesia y con la piedad del pueblo cristiano. Le faltaron, asimismo, las oportunas nociones de exégesis bíblica y el conocimiento de cuánto importa para la recta doctrina la «analogía de la fe», o sea la cohesión que guardan entre sí todas las verdades y todos los misterios de la Revelación.

Respuesta acertada y vehemente

San Jerónimo no se apresuró a contestar a las elucubraciones de Helvidio, pues juzgaba que ocuparse de ello representaría el conceder al escrito y a su autor una notoriedad e importancia que no merecían. Al fin escribió su breve tratado, movido sólo por la presión que le hicieron los hermanos, es decir los grupos de vírgenes y ascetas más o menos ligados a su magisterio. Así lo explica el santo doctor en las primeras líneas de su escrito contra Helvidio.

En esta obra, redactada durante el año 483, Jerónimo no sólo atiende a la defensa de la virginidad de María, sino que también expone la doctrina de la Iglesia acerca del don de la virginidad, asunto que continuará tratando posteriormente desde Belén en su libro contra Joviniano y en diversas cartas y comentarios bíblicos.

En su defensa de la perpetua virginidad de María san Jerónimo recurre ante todo a la exégesis bíblica, materia en la que era verdaderamente experto y en la que gozaba de un merecido prestigio. En verdad no le resulta difícil deshacer los sofismas y refutar las alegaciones de un hombre que en esta materia se demuestra inexperto y atrevido. El conocimiento del estilo y de las expresiones usuales en la Sagrada Escritura, así como el dominio de la lengua hebrea le facilitan el trabajo al santo doctor. Así explica, sin dificultad, el verdadero sentido de frases y expresiones como «primogénito», «mujer», «antes de vivir juntos», «no la conoció hasta que dio a luz» y otros términos y modismos que aparecen frecuentemente en los libros santos. Su erudición bíblica se pone de manifiesto también con la alegación de una multitud de textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Al leer estas páginas se siente uno como conducido por un experto guía que nos va abriendo paso por entre las frondas y los tupidos ramajes del bosque sagrado de las Escrituras.

Con la lectura de este opúsculo, de un modo espontáneo, van surgiendo ante nuestros ojos las imágenes de los diversos acontecimientos evangélicos en

los que aparece la Virgen María. La contemplamos en Nazaret, en Belén, en el templo de Jerusalén y en el Calvario. Por medio de sus palabras y razonamientos san Jerónimo nos hace descubrir la auténtica personalidad de María, virgen y madre, incomparable dechado de fidelidad y de pureza. Esto era precisamente lo que él aconsejaba a la virgen Eustoquia cuando le decía: «Pon ante tus ojos a la bienaventurada María, que fue de tal pureza, que mereció ser Madre del Señor» [10].

Dado su carácter fuerte y su genio proclive a la violencia verbal, no era previsible que el santo doctor respondiera con ánimo apaciguado y sereno. Su contestación es airada y en ella no faltan los ataques, ni las descalificaciones personales. La ignorancia de Helvidio en la interpretación de la Escritura le da pie para poner de manifiesto el atrevimiento de este escritor y la inconsistencia de sus razones. Aparecen incluso acusaciones de calumnia y de blasfemia lanzadas contra este osado autor, al que califica de «hombre turbulento», «apenas conocedor de las primeras letras» [11] y que va «blandiendo a ciegas la espada, como lo hacen los gladiadores que llevan los ojos vendados» [12].

Hubiera sido preferible, ciertamente, un lenguaje más moderado y ecuánime, pero Jerónimo no era hombre capaz de tolerar con paciencia lo que consideraba una enorme ofensa inferida a la Madre del

10. Ibíd., Carta 22, a Eustoquia, n. 38, 202.
11. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 1.
12. Ibíd., n. 5.

Señor. Dirigiéndose a Helvidio, exclama: «Has desahogado tu rabia injuriando a la Virgen» y, haciendo después alusión a la fábula del incendio del templo de Diana, dice: «Tú has incendiado el templo del cuerpo del Señor; tú has contaminado el santuario del Espíritu Santo...» [13].

En las embestidas de Jerónimo late también una justa indignación contra los detractores del monaquismo y de la vida ascética. En su carta a Marcela, del año 384, se manifiesta dolido a este respecto y dice: «A nosotros, porque no llevamos vestidos de seda, se nos trata de monjes; porque no somos borrachos, ni reventamos a fuerza de carcajadas, se nos llama continentes y tristes. Si nuestra túnica no resplandece de blancura, al punto se nos cuelga el trivial mote de impostor y de griego» [14].

Le parece hallar una justificación de su lenguaje acerado en el estilo propio de las cartas de san Pablo, de quien dice: «Cuantas veces lo leo, no me parece oír palabras, sino truenos» y poco después añade: «Una cosa es enseñar a un discípulo y otra vencer a un adversario» [15].

No deja de ser significativo el que en la iconografía de san Jerónimo aparezca frecuentemente la figura de un león, que la leyenda presenta como fiel guardián del monasterio de Belén. Es, ciertamente, un expresivo símbolo de la personalidad del santo,

13. Ibíd., n. 16.
14. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 38, a Marcela, n. 5, 280.
15. Ibíd., Carta 49, Apologético a Panmaquio, n. 13, 360-361.

quien, en su *Comentario al Evangelio de San Marcos*, refiriéndose a Juan Bautista, dejó escritas unas líneas que, sin él pretenderlo, adquieren una resonancia autobiográfica y dicen así: «El que clama en el desierto ciertamente es el león, a cuya voz tiemblan los animales todos, corren en tropel y no son capaces de huir» [16].

Dos siglos después de Jerónimo, san Ildefonso de Toledo escribe un excelente tratado sobre le virginidad perpetua de María y, él mismo, en un sermón de la fiesta de la Natividad del Señor, afirma que el santo doctor y monje de Belén recibió de Dios un singular don, que le capacitaba para la lucha, y un poder de victoria al que nadie podía resistir [17].

María, virgen perpetua

San Epifanio de Salamina, por quien Jerónimo sentía gran estima y veneración, atestigua la firme convicción que posee toda la Iglesia acerca de la virginidad de María, formulando esta pregunta: «¿Cuándo y en qué época ha osado nadie pronunciar el nombre de María sin añadir al punto, si es preguntado, la Virgen?» [18].

San Jerónimo es uno de los testigos más cualificados de la fe de la Iglesia en la virginidad de Nues-

16. SAN JERÓNIMO, *Comentario al Evangelio de San Marcos*, Ciudad Nueva, Madrid 1988, 19.
17. Cf. PL, 23, 211, nota 8.
18. *Adversus haereses* 1, 3; 78, 6, PG, 42, 706-707.

tra Señora. El presente tratado puede considerarse como el primer libro o monografía de tema integralmente mariano y en la interpretación de los textos bíblicos marca unas directrices y obtiene unos resultados que, desde entonces, se han convertido en patrimonio común de todos los padres y escritores eclesiásticos. En su *Comentario a Ezequiel* el santo designa a María como *Virgo aeterna*[19] y constantemente en sus escritos la llama *Virgen perpetua, madre y virgen*[20] y hace alusión al «seno virginal, que, sin unión ni semilla de varón, nos dio al Dios niño»[21].

La concepción virginal viene proclamada por el santo doctor sin connotaciones polémicas, puesto que incluso Helvidio la admite como una verdad claramente afirmada en los Evangelios. «Creemos —dice Jerónimo— que Dios ha nacido de una virgen, porque lo hemos leído»[22], o sea por razón de que indiscutiblemente nos lo aseguran las fuentes de la Revelación. En el *Comentario a Ezequiel* considera que «la puerta cerrada por la cual sólo entró el Señor Dios de Israel»[23] es una figura muy expresiva y hermosa de la virginidad de María[24], así como también lo es «el sepulcro nuevo excavado en la roca

19. PL 25, 430.
20. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 49, Apologético a Panmaquio n. 21, 374; Carta 22, a Eustoquia, n. 19, 176; Carta 77, a Océano, n. 2, 720.
21. Ibíd., Carta 75, a Teodora, n. 1, 709.
22. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 19.
23. Cf. Ez 44, 2-3.
24. PL 25, 430.

durísima» y asimismo lo son «el huerto cerrado» y «la fuente sellada» mencionados en el *Cantar de los Cantares*[25].

Desde un principio se impuso dentro de la Iglesia la convicción de que el nacimiento de Cristo había sido prodigioso, dando a luz María sin menoscabo alguno de su virginidad y, por tanto, sin experimentar dolores de parto. A pesar de ello se encuentran en los Padres algunas expresiones que vienen a decir que el de Jesús fue un alumbramiento conforme a la naturaleza; pero, si hablan de este modo es con el fin de no dar soporte a los errores de los docetas, que sostenían que Cristo había nacido de María sólo en apariencia o que había pasado por su seno a la manera del agua que corre a través de un canal, sin recibir nada del cauce por donde pasa.

En el transcurso del tiempo se fue haciendo más luz acerca del misterio del nacimiento virginal. Las fórmulas de los símbolos de fe en que se profesa que Cristo «nació de María virgen», así como diversas figuras bíblicas y los postulados de la «analogía de la fe» dieron ocasión a que se formulara con toda claridad la profesión de fe de la Iglesia en el prodigio del parto virginal, es decir que los sellos de la virginidad de María quedaron siempre intactos[26].

25. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 49, Apologético a Panmaquio, n. 21, 374.

26. Acerca de la virginidad de María, que se manifiesta en el nacimiento milagroso de Jesús, el P. De la Potterie hace esta acertada reflexión: «El hecho exterior del parto virginal era el signo de un hecho anterior más secreto, la concepción virginal; pero uno y otro, tomados juntos, hacían comprender que Jesucristo, por haber sido engen-

Así pues, fueron consideradas como muy significativas figuras de la Virgen, la «Puerta cerrada» del templo, de la que habla Ezequiel, y la «zarza ardiente» que no se consume, que se menciona en el libro del *Éxodo.*

Se ha visto también, desde muy antiguo, una estrecha relación entre la resurrección de Cristo y su nacimiento virginal. María es semejante al santo sepulcro, que permanecía cerrado cuando Cristo salió de él[27]. En la Virgen se descubre también una similitud con el prodigio de las puertas cerradas del cenáculo, que san Agustín pone en relación con el nacimiento virginal de Jesús, diciendo: «¿Por qué, pues, el que, de adulto, pudo entrar por las puertas cerradas, no iba a poder salir, de pequeño, sin violar el sello materno?»[28].

La creencia de fe en el parto milagroso no depende de algunos prejuicios o de ciertas ideas muy arraigadas que consideraban repugnante e indigno de Cristo el proceso normal del alumbramiento, en el que se producen pérdidas de sangre, la expulsión de la placenta y demás fenómenos propios de la naturaleza. San Jerónimo se expresa con mucha claridad a este respecto y, dirigiéndose a Helvidio, le manifiesta que su creencia en la virginidad de María no se funda precisamente en la supuesta indignidad de los

drado por Dios, era realmente Hijo de Dios (Lucas), el Hijo unigénito venido del Padre (Juan)». (*Il parto verginale*, reproducido en *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, 2010).

27. SAN JERÓNIMO, *Comentario al Evangelio de San Juan* 1, 1-14.

28. *Sermón* 191, 2, PL 38, 1009.

actos de generación y alumbramiento. Éstas son sus palabras: «Añade, si quieres, aún otras cosas humillantes que son propias de la naturaleza (...). Imagínate al niño con la acostumbrada envoltura de membranas. Recuerda el pesebre, los vagidos del infante, la circuncisión en el octavo día (...). Después de enumerar todas las humillaciones, no hallarás ninguna que resulte más deshonrosa que la cruz...»[29]. El santo doctor, en otro lugar, no tiene inconveniente en afirmar que el niño naciera ensangrentado (*cruentatus egeritur*)[30]. A pesar de tales expresiones, no parece que Jerónimo dejara de estar plenamente convencido de que en María, después del parto, permanecieran intactos los sellos de la virginidad y de que se conservara siempre la integridad del seno en que se había albergado el Señor.

El santo, que había establecido su residencia definitiva en Belén, manifestó muchas veces su veneración por este lugar santo del nacimiento del Salvador. Escribiendo a su amigo de Roma, Océano, en el año 400, le dice: «Yo moro en la posada de Belén y amo el pesebre del Señor, en que la Virgen Madre dio a luz al Dios niño»[31]. No tenía, en cambio, simpatía alguna por los relatos de los apócrifos y por eso evitaba entrar en pormenores respecto del modo como se hubiera producido el alumbramiento de Jesús. A pesar de ello hace frecuentes alusiones al parto virginal.

29. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 18.
30. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 22, a Eustoquia, n. 39, 203.
31. Ibíd., Carta 77, a Océano, n. 2, 720.

En el *Comentario a Ezequiel* se expresa así: «Con razón interpretan algunos la puerta cerrada, por la que sólo entró el Dios de Israel, de la virginidad de María, la cual permaneció virgen antes y después del parto» [32]. En el *Apologético a Panmaquio*, refiriéndose a Maria, escribe: «Es el huerto cerrado y la fuente sellada de la que mana aquel río que, según Amós, riega el torrente de las cuerdas y de las espinas; las cuerdas son los pecados con que antes estábamos atados y las espinas son aquellas que ahogaban la semilla del padre de familia. Ésta es la puerta oriental de Ezequiel, siempre cerrada y esplendorosa, que oculta en sí o que manifiesta al Santo de los Santos, por la cual entra y sale el Sol de justicia y Sumo Sacerdote nuestro según el orden de Melquisedec. Que ellos me digan como entró Jesús a puertas cerradas (en el cenáculo)... y yo les diré cómo Santa María sea a la vez madre y virgen; virgen después del parto, madre antes de casada» [33]. Con esto nos viene a decir que el alumbramiento virginal es un misterio, a la vez que una indiscutible verdad de nuestra fe.

Rechazando con vehemencia la intervención de comadronas, que los apócrifos hacen intervenir en Belén como testigos del milagroso alumbramiento, san Jerónimo exclama: «Allí no hubo ninguna partera; allí no medió diligencia alguna de mujercitas.

32. PL 25, 430.

33. *Cartas de San Jer.*, *o. c.*, I, Carta 49, Apologético a Panmaquio, n. 21, 374-375. La cita que se atribuye a Amós, en realidad corresponde a Joel 3, 18.

Ella misma (María) envolvió al niño en pañales. Ella fue a la vez madre y comadrona. Y lo colocó en un pesebre...»[34]. Efectivamente, esta actuación de María referida por san Lucas es un claro indicio del parto virginal, exento de dolores.

El demostrar que María permaneció virgen perpetuamente es el objetivo especial del tratado de san Jerónimo contra Helvidio. No cabe duda de que el santo consigue su propósito con unos sólidos argumentos y asimismo con rotundidad y vehemencia de estilo. Se sirve el autor de una exégesis bíblica bien afianzada y pone de manifiesto su perfecta sintonía con los testigos más cualificados de la fe de la Iglesia.

San Epifanio de Salamina dieciséis veces llama a María «virgen perpetua»[35] y toda la tradición de la Iglesia aparece, ya desde un principio, muy consolidada en la profesión de esta verdad de fe. Orígenes se pronuncia al respecto con estas rotundas palabras: «Nadie que tenga ideas sanas sobre María afirmará que ella tuvo ningún hijo más que Jesús»[36].

San Jerónimo, además de refutar todas las objeciones de Helvidio fundadas en falsas interpretaciones de la Escritura, apela a los testigos de la tradición y a la congruencia de las enseñanzas reveladas, o sea a la «analogía de la fe» y al sobrenatural «sentido de la fe» que reside en el conjunto de los miem-

34. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 8-bis.
35. *Nuevo Diccionario de Mariología*, *o. c.*, 2020.
36. *Comentario al Evangelio de San Juan*, L. I, n. 4 (6), citado por W. J. BURGHARDT, «María en la patrística oriental», en *Mariología* dirigida por J. B. CAROL, BAC, Madrid 1964, 510.

bros de la Iglesia, que es asistida por el Espíritu Santo.

Refiriéndose a la persona de san José, el santo doctor hace esta acertada reflexión: «El que había presenciado tan grandes milagros, ¿se atrevería a tocar este templo, sede del Espíritu Santo y Madre de su Señor?»[37]. El mismo sentido de fe que en Jerónimo se manifiesta en san Efrén, cuando exclama: «¿Cómo podría ser esto, que aquella que era la morada del Espíritu, aquella a quien cobijó la sombra de Dios, se uniera a un hombre mortal?»[38].

En su libro *Contra Joviniano* san Jerónimo recurre al texto de los *Cantares*, que dice: «Mi hermana es un huerto cerrado, una fuente sellada»[39] y lo comenta, diciendo: «Por estar cerrado y sellado se asemeja a la Madre del Señor, que fue a la vez madre y virgen. Por eso, ni antes ni después, fue puesto nadie en el sepulcro nuevo del Señor. Y, sin embargo, esta Virgen perpetua es también madre de muchas vírgenes»[40].

Por lo demás, Jerónimo expone, acerca de estas verdades, su vinculación con las enseñanzas transmitidas por la tradición cristiana y se encara con Helvidio, diciéndole: «¿Acaso yo no podría concitar contra ti todo el conjunto de los escritores antiguos? Ignacio, Policarpo, Ireneo, el mártir Justino y mu-

37. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 8.
38. *Explanatio Evangelii Concordantis*, c. 2, n. 6, citado en la Patrología de CAROL, 512.
39. Cf. Ct 4, 12.
40. SAN JERÓNIMO, *Contra Joviniano*, 1, 32, PL 23, 217.

chos otros varones apostólicos y elocuentes escribieron libros repletos de sabiduría... Si tú, algún día, leyeses tales libros, lograrías tener mejor criterio»[41].

José, el varón justo

Jerónimo siente una gran admiración por san José, como se pone de relieve en diversos lugares de sus escritos. En el opúsculo contra Helvidio la figura del esposo de María destaca con singular resplandor de gracia y santidad. Es designado como «varón justo»[42] con toda la plenitud de significado que tiene esta expresión en la Sagrada Escritura, y se hace destacar la familiaridad singular que le unía a la Madre del Señor.

En verdad, Jerónimo tiene algún reparo en llamarle esposo de María, a fin de que la noción de matrimonio no sea interpretada en un sentido que contradiga a la virginidad. Por eso dice que José fue «más bien custodio que marido»[43]. No hay duda, sin embargo, de que lo considera como verdadero consorte de María y como padre de Jesús, por su condición de cabeza de familia. Dirigiéndose a Helvidio, le dice: «Ciertamente María guardaba todas estas cosas en su corazón; mas, a fin de que tú no digas, con desvergüenza, que José desconocía tales

41. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 17.
42. Ibíd., n. 8-bis.
43. Ibíd., n. 19.

cosas, Lucas afirma: *Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él»* [44].

En su *Comentario al Evangelio de san Mateo* el santo doctor se expresa así: «José y María eran de la misma tribu; luego, conforme a la ley, José se sentía obligado a tomarla como allegada *(propinquam)*. Por eso, precisamente, se empadronaron en Belén, como procedentes de la misma tribu» [45].

Frente a muchos autores antiguos que, por razón de los llamados «hermanos de Jesús», opinaban que José debía ser viudo, al contraer matrimonio con María, san Jerónimo afirma que era célibe y destaca elogiosamente el don singular de su virginidad. A propósito de esto dirige a Helvidio estas vibrantes palabras: «Tú dices que María no permaneció virgen; yo digo más: que incluso el mismo José fue virgen por María, de tal modo que de unas nupcias virginales nació un Hijo virgen» [46].

Hallamos también en san Jerónimo una afirmación que merece ser destacada, ya que pone de manifiesto cuán grande era su veneración hacia el Esposo de la Virgen María. Comentando el *Evangelio de san Mateo*, dice: «La ruina del mundo se produjo a través de cuatro elementos: un varón, una mujer, un leño y una serpiente; y su restauración se realizó a través de otros cuatro: Cristo, María, la cruz y un varón, que es José» [47].

44. Ibíd., n. 8.
45. PL, 26, 24.
46. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 19.
47. PL 30, 534.

Los «hermanos» del Señor

Los «hermanos» y «hermanas» del Señor aparecen reiteradamente en los Evangelios. Se manifiestan como muy próximos a Él y sabemos que tuvieron una actuación destacada dentro de las primeras comunidades judeocristianas. Es probable que existiera una convivencia muy estrecha de algunos de estos parientes con la familia de Jesús. En los primeros siglos de la Iglesia fue opinión muy generalizada que se debía tratar de hijos de José, habidos de un anterior matrimonio. Así lo afirman casi todos los apócrifos del Nuevo Testamento y muchos autores de tanta nota como Clemente Alejandrino[48], Eusebio de Cesarea[49], san Epifanio de Salamina[50], san Hilario[51] y san Ambrosio[52].

San Jerónimo, en cambio, apoyándose en su singular erudición en temas bíblicos, buscó una interpretación más acertada de los textos evangélicos que hacen referencia a este asunto y sostuvo la opinión de que José no fue viudo, ni tuvo hijos. En efecto, de algunos de estos «hermanos» de Jesús se dice que eran hijos de María de Cleofás, la cual estuvo presente en el Calvario durante la crucifixión de Cristo y, por tanto, aquellos no procedían de un supuesto matrimonio anterior de José. Lo más probable es

48. PG 9, 731.
49. PG 10, 134.
50. PG 42, 707.
51. PL 9, 922.
52. PL 17, 364.

que el mencionado Cleofás fuera hermano o pariente próximo del esposo de la Virgen, como lo atestigua el judeocristiano Hegesipo a mediados del siglo II [53].

En el tratado contra Helvidio, Jerónimo examina detalladamente los textos evangélicos que hablan de los «hermanos» de Jesús y después va exponiendo con especial cuidado y amplitud los diversos sentidos que en la Biblia se dan a la palabra «hermano». Con su vehemencia característica acaba este asunto, diciendo: «Tú, el más ignorante de los hombres, no habías leído estas cosas y, abandonando del todo el piélago de las Escrituras, has desfogado tu rabia injuriando a la Virgen...» [54].

El que Cristo aparezca insertado, de alguna manera, en una amplia familia y que hubiera quienes se consideraban como hermanos suyos es un dato de las fuentes de la Revelación que no debe ser desechado. Es posible que, al morir Cleofás, su mujer y sus hijos fueran recibidos en el hogar de José o amparados de una manera cordial y efectiva por este varón justo y misericordioso. En siglos posteriores muchos otros «hermanos» de Cristo por la fe se encomendarían al patrocinio de san José, que sería reconocido oficialmente como patrono universal de la Iglesia. San Jerónimo en su opúsculo contra Helvidio escribe que «permaneció virgen con María aquel que mereció ser llamado padre del Señor» [55].

53. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica*, 3, 11. PG 20, 248.
54. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 16.
55. Ibíd., n. 19.

Virginidad y matrimonio

En el presente tratado no sólo se reivindica la virginidad perpetua de María, sino que también se hace una ferviente apología de la virginidad consagrada. Al iniciar este tema san Jerónimo hace esta oportuna advertencia previa: «Puesto que ahora me propongo hacer algunas comparaciones entre la virginidad y el matrimonio, suplico a los lectores que no piensen que estoy denigrando las nupcias con el fin de ensalzar a los que guardan virginidad»[56].

Resultaba muy conveniente esta manifestación de intenciones, pues el santo, con su acostumbrado ardor, se deja llevar por el entusiasmo y emplea expresiones que, entendidas a la letra, pueden juzgarse como inconvenientes o inadmisibles. Así, por ejemplo, dice: «No negamos que se encuentren mujeres santas entre las viudas y las casadas, pero se trata de aquellas que dejaron de ser esposas y que, incluso estando sujetas a los deberes conyugales, imitan la castidad de las vírgenes»[57]. Conviene interpretar con buena voluntad estas palabras, entendiendo que el santo doctor se refiere a la observancia de la castidad conyugal.

En su carta a Eustoquia y en otros escritos, san Jerónimo se cuida de precisar mejor sus conceptos y se expresa así: «Acaso diga alguno: ¿Y te atreverás a hablar mal de las nupcias, que fueron bendecidas

56. Ibíd., n. 20.
57. Ibíd., n. 21.

por el Señor? No es hablar mal de las nupcias anteponerles la virginidad. Nadie compara lo malo con lo bueno. Gloríense las casadas, pues ocupan el segundo grado después de las vírgenes. *Creced y multiplicaos* —dice la Escritura— *y llenad la tierra.* Crezca y multiplíquese el que ha de llenar la tierra. Tu orden está en el cielo»[58].

En el *Apologético a Panmaquio* se defiende Jerónimo de las acusaciones que se le han hecho de haber denigrado el matrimonio y afirma: «Nosotros hemos dicho que hay en la Iglesia diversos dones y que uno es el don de la virginidad y otro el de las nupcias». Y poco después añade: «Concedo que también las nupcias son don de Dios, pero mucha es la diferencia que va de don a don. ¿Y se dice que condenamos lo que con voz clarísima afirmamos que es don de Dios?»[59].

Otro aspecto del matrimonio, que Jerónimo trata con especial agrado, es el de que las vírgenes son el fruto más hermoso de la unión conyugal. Éstas son sus palabras: «Alabo las nupcias y alabo el matrimonio, pero porque me engendran vírgenes. Tomo de entre las espinas la rosa, de la tierra el oro, la perla de la concha. ¿Acaso el que ara arará todo el día? ¿No se alegrará también con el fruto de su trabajo? Tanto más se honra el matrimonio cuanto más se ama lo que de él nace»[60].

58. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 22, a Eustoquia, n. 19, 175.
59. Ibíd., Carta 49, Apologético a Panmaquio, n. 5, 349.
60. Ibíd., Carta 22, a Eustoquia, n. 20, 177.

Por otra parte el santo no tiene reparo en reconocer que se dan casos de infidelidad y de hipocresía entre quienes han profesado la virginidad y la vida ascética y vitupera ardorosamente estos pecados. Admite ciertas acusaciones de Helvidio, que había hablado de «vírgenes de taberna». Jerónimo las califica de adúlteras y también ataca con violencia a ciertos individuos a los que denomina «clérigos taberneros y monjes impúdicos»[61]. Recalca que es muy necesario que el que hace profesión de vida ascética adopte una actitud de constante vigilancia sobre sí mismo, pues «se pierde también la virginidad por el pensamiento»[62]. El santo doctor, lleno de pesadumbre, exclama: «Pena me da decir las vírgenes que caen cada día, cuántas pierde de su seno la madre Iglesia, sobre qué estrellas pone su trono el soberbio enemigo, cuántas rocas hiende la serpiente para habitar en sus aberturas»[63].

Más reconfortantes son estas otras palabras dirigidas también a Eustoquia: «Vas cargada de oro, tienes que huir de los ladrones. Esta vida es palenque para los mortales. Aquí luchamos para ser allí coronados. (...) Verás un carro de fuego que te levante, como a Elías a las estrellas y entonces cantarás alegre: Nuestra alma se ha escapado como un pájaro del lazo de los cazadores. El lazo se rompió y nosotros nos hemos liberado»[64]. Más adelante, en la mis-

61. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 21.
62. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 22, a Eustoquia, n. 5, 161.
63. Ibíd., n. 13, 169.
64. Ibíd., n. 3, 159-160.

ma carta, le dice: «Piensa qué día tan grande será aquél, cuando te salga al encuentro la misma Virgen María, madre del Señor, acompañada de todos los coros de vírgenes...»[65].

La casa romana

En las páginas del opúsculo dirigido contra Helvidio aparecen unos párrafos en que se traza una especie de boceto de lo que era la vida familiar en una casa romana. Esta descripción resulta de interés para el mejor conocimiento de la vida diaria en los tiempos del Bajo Imperio. El propósito de Jerónimo, en este caso, es abonar las afirmaciones que se hallan en las cartas de san Pablo acerca de la privilegiada situación de una virgen para dedicarse al servicio de Dios y a la vida de oración intensa. El Apóstol dice que la mujer casada anda dividida, ya que se ve forzada a ocuparse de las cosas del mundo, a fin de agradar a su esposo[66]. El santo doctor corrobora estas apreciaciones con palabras de singular realismo, que reflejan a lo vivo las costumbres y los quehaceres que había en un hogar romano de cierta categoría social.

Según las observaciones de Jerónimo, la madre de familia se muestra muy atareada e inquieta, al tener que desempeñar su labor de gobierno de la casa.

65. Ibíd., n. 41, 206.
66. Cf. 1 Co 7, 33-34.

No le faltan complicaciones, pues ha de afrontar la dirección de una numerosa servidumbre, el cuidado y adorno de su persona, la educación de los hijos y las atenciones debidas a su marido no siempre compresivo y complaciente[67]. Los problemas conyugales no escasean en este ambiente de inquietud y desasosiego, como lo pone de relieve uno de los versos que aparece en las obras del poeta Juvenal, quién, refiriéndose a una mujer casada que vive con su marido, dice: «Vivit tamquam vicina mariti»[68].

Con su estilo mordaz, Jerónimo se burla de las costumbres de ciertas mujeres y nos habla de una que «se maquilla delante del espejo y, con afrenta del Artífice, se esfuerza en parecer más bella de cuanto lo es por nacimiento»[69]. Con expresiones aún más irónicas se despacha en su carta a Marcela, diciendo: «Más razón fuera que ojos cristianos se escandalizaran de las que se pintan los ojos y cara de arrebol y no sé qué otros afeites, aquellas cuyas caras de yeso y feas a fuerza de blanco remedan a ídolos. Si por descuido se les escapa una lágrima de los ojos, corre para abajo, abriendo un surco. Ni el número de los años es capaz de enseñarles que son ya viejecillas. Componen su cabeza con cabellos ajenos y pulen, entre arrugas seniles, una juventud ya pasada. En fin, ante una manada de nietos, trémulas por los años, se atavían como doncellitas»[70].

67. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 20.
68. JUVENAL, *Sátiras* 6, 509.
69. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 20.
70. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 38, a Marcela, n. 3, 278.

Estas mofas de Jerónimo cuentan con bastantes precedentes dentro de la literatura clásica y especialmente en las *Sátiras* de Juvenal y en los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial. Ovidio, por su parte, entre otras muchas cosas de este mismo género, dice que las mujeres romanas, en el armario de su alcoba, guardaban un preciado arsenal de linimentos, pomadas y cremas[71].

La Madre y el siervo del Señor

Cuando está ya por finalizar su polémico tratado contra Helvidio, san Jerónimo prevé que la reacción del adversario, derribado y vencido por el peso de los argumentos, no podrá ser otra que el insulto y la maledicencia y dice: «Me imagino que una vez que has sido vencido por la fuerza de la verdad, te dedicarás a injuriarme y a desacreditar mi vida». Esta perspectiva de ataques y calumnias no le arredra, antes bien la considera como una ventaja y, lleno de entusiasmo, exclama: «Serán para mí una gloria tus insultos y que, con la misma boca con que denigraste a María, me desgarres a mí...». Dice, en fin, que, como «siervo del Señor», le complace verse en una misma lid junto a la «Madre del Señor»[72].

Jerónimo, que permanecerá largos años y acabará sus días junto a la gruta de Belén, en una morada

71. *Ars* 3, 209-210.
72. SAN JERÓNIMO, *La perpetua virginidad de María*, n. 22.

que denomina «la Posada de María»[73], experimenta una singular devoción hacia la Virgen Madre de Dios, cuyo recuerdo aflora en muchos de sus escritos. Es muy expresivo, por ejemplo, el comentario que hace hablando de la marcha de los israelitas por el desierto del Sinaí, que pone en relación con la genealogía de Cristo. Resulta, en efecto, que en el libro del *Éxodo* y en el de los *Números* se cuentan cuarenta y dos «estaciones» desde Egipto hasta el Jordán, y que en el *Evangelio de san Mateo* se enumeran cuarenta y dos generaciones desde Abraham hasta Cristo. El santo y docto monje de Belén hace acerca de ello esta exquisita reflexión: «Ni es de maravillarse que lleguemos al Reino de los cielos por el misterio de aquel número bajo el que nuestro Señor y Salvador llegó desde el primer patriarca a la Virgen, que era como un Jordán, pues Ella, fluyendo con cauce lleno, se desbordaba por las gracias del Espíritu Santo»[74].

* * *

La presente traducción se ha realizado sobre el texto que aparece en la «Patrología Latina» de Migne, 23, 193-216.

La bibliografía acerca de san Jerónimo y sus obras es abundantísima. Puede verse especialmente en «Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana», Ediciones Sígueme, Salamanca 1992 y en la Patrología del Instituto Patrístico Agustiniano T. III, B.A.C., Madrid 1981.

73. *Cartas de San Jer., o. c.*, I, Carta 77, a Océano, n. 8, 728.
74. Ibíd., Carta 78, a Fabiola, n. 2, 736.

SUMARIO CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE SAN JERÓNIMO

c. 347: Nace Jerónimo (Eusebius Hieronymus) en Estridón, entre Dalmacia y Panonia, de familia cristiana.

360-367: Cursa estudios de gramática y de retórica en Roma, donde recibe el bautismo.

367-370: Realiza diversos viajes impulsado por intereses sobre todo de orden espiritual.

370-374: Reside en Aquilea, formando parte de un grupo de personas entregadas al estudio y al cultivo de la espiritualidad.

374-377: Viaja a Oriente y durante dos años permanece en el desierto de Calcis, tratando de iniciarse en la vida monástica.

377-382: En Antioquía y Constantinopla se dedica al estudio de la Biblia y se pone en relación con personas muy destacadas, como Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa.

382-385: Reside en Roma, donde desarrolla una intensa actividad como secretario del Papa Dámaso y como mentor de grupos de personas dedicadas a la vida ascética.

385 y ss.: Acompañado o seguido por un grupo de personas adictas viaja a Oriente y visita los lugares de Siria, Palestina y Egipto que resultan más significativos por lo que respecta al estudio de la Biblia y al desarrollo del monaquismo. Se instala en Belén, estableciendo dos comunidades monásticas, una de varones y otra de mujeres. A partir del 391 emprende la traducción sistemática de la Biblia al latín (La Vulgata). Mantiene una correspondencia de gran interés acerca de asuntos bíblicos y ascéticos. Participa de lleno y apasionadamente en la controversia origenista.

410: El saqueo de Roma por Alarico causa una gran consternación en el ánimo de Jerónimo, que acoge en Belén a muchos fugitivos, dándoles albergue y sustento.

420: El 30 de septiembre, junto a la gruta de Belén donde había habitado por largos años, ocurre el glorioso tránsito de san Jerónimo. Su doctrina y su magisterio ascético perduran a través de los siglos.

San Jerónimo

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA
(Contra Helvidio)

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA
(Contra Helvidio)

1. No hace mucho los hermanos me rogaron que refutara el opúsculo de un tal Helvidio, pero yo lo fui postergando, no porque resultara difícil demostrar el error en que había incurrido aquel hombre vulgar y apenas conocedor de las primeras letras, sino por motivo de que el contestarle no diera a entender que se le consideraba digno de ser impugnado. A esto se añadía que aquel hombre turbulento que, como caso único en todo el mundo se consideraba a sí mismo laico y a la vez sacerdote[1] (se trata, según lo que afirma cierto escritor, de que se reputa como facundia la locuacidad y de que el hablar mal de todos se tiene como un signo de buena conciencia)[2], al tener ocasión de disputar, empezara a proferir aún más blasfemias y a dictar sentencia, desde lo alto, sobre todo el orbe y, puesto que no podría atacar con el apoyo de la verdad, lo hiciere sirviéndose de calumnias. Mas, una vez que estas tan justas razones que existían para que yo guardara

1. Todos los testimonios aseguran la condición laical de Helvidio. La expresión de Jerónimo apunta a que el escritor se atrevía a actuar como quien asume la misión de enseñanza, normalmente reservada a los sacerdotes.

2. Cita de TERTULIANO, *Contra Hermógenes*, PL 2, 197 y ss.

silencio cedieron ante un motivo todavía más justo, como es el escándalo de los hermanos, indignados por el furor de aquel individuo, ya la segur evangélica ha de ser aplicada a las raíces de este árbol infructuoso[3] que, con sus hojas estériles, ha de ser entregado a las llamas, de modo que aprenda por fin a estar callado aquel que nunca aprendió a hablar debidamente.

2. Así pues, debo implorar al Espíritu Santo que sea Él quien con su propia inteligencia, aunque sirviéndose de mi boca, defienda la virginidad de la bienaventurada María. Debo invocar al Señor Jesús, a fin de que quede preservado de toda sospecha de relación carnal aquel santo vientre, albergue dentro del cual tuvo Él su morada por espacio de diez meses[4]. Debo también rogar a Dios Padre que ponga de manifiesto que la Madre de su Hijo permaneció virgen después del parto, de igual modo que Ella había sido madre con antelación a las nupcias

No anhelamos la palestra de los elogios retóricos; no vamos en busca de los sofismas de los dialécticos; no pretendemos servirnos de las sutilezas de Aristóteles. Nuestro adversario debe ser refutado con los mismos testimonios que ha usado en contra

3. Cf. Mt 3, 10.

4. Jerónimo habla también de diez meses, al referirse al tiempo de gestación de Jesús, en la carta a Eustoquia, en que dice: «El Hijo de Dios se hizo hombre por nuestra salvación; espera a nacer, por diez meses, en el seno de su madre...» (*Cartas*, *o. c.*, a Eustoquia, n. 39, 203). En su epístola al presbítero Vital, hablando en general del tiempo de gravidez de la mujer, dice que «la madre necesita diez meses desde la concepción al parto» (Ibíd., n. 1, 686).

de nosotros, a fin de que advierta que él fue capaz de leer lo que está escrito, pero que no logró entender lo que la piedad había demostrado.

3. *(Helvidio)*[5]. Su primer argumento es el siguiente: Mateo se expresa así: *La concepción de Cristo fue de esta manera. Estando desposada María, su madre, con José, antes de que cohabitaran se halló que había concebido por obra del Espíritu Santo. José su esposo, siendo justo y no queriendo denunciarla, resolvió repudiarla en secreto. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor, diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María tu mujer, pues lo que se engendró en ella es obra del Espíritu Santo*[6].

Helvidio prosigue, diciendo: Ya ves que se trata de una desposada y no de una encomendada, como tú dices; y por cierto, si ha sido desposada no es sino con el fin de que llegue a estar casada. En efecto, si no hubieran tenido la intención de vivir juntos, el evangelista no habría dicho: «antes de cohabitar», pues acerca de uno que no hubiera de comer nadie diría: «antes que comiera». Además el ángel la designa como casada y unida a su marido. Observemos, en efecto, que la Sagrada Escritura se expresa así:

5. Al comienzo de diversos párrafos, ya en la edición de Migne, se pone entre paréntesis el nombre de Helvidio o de Jerónimo, no para indicar una estructura de verdadero diálogo, sino para poner de manifiesto que en unos apartados predomina la refutación de los argumentos de Helvidio, y en otros la exposición en que Jerónimo lleva la iniciativa.

6. Mt 1, 18 ss.

Despertándose José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió consigo a su mujer y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo[7].

4. *(Jerónimo).* ¿Cuál es el significado de la preposición «antes»? ¿Por qué concibió María siendo virgen y estando prometida? Tratemos estos asuntos uno después de otro. Persigamos la impiedad siguiendo los mismos senderos por los que ella se introdujo y pongamos de manifiesto las contradicciones en que incurrió.

Helvidio designa a María como desposada y al punto pretende que se considere como mujer casada a la que acaba de llamar prometida. A la inversa, después de nombrarla como cónyuge dice que, si estaba desposada, no era sino con el fin de que un día llegara a casarse. Y, por si esto nos parece poco, afirma que se trata de una desposada y no de una encomendada, o sea de una todavía no casada, todavía no unida con el vínculo matrimonial. Referente a lo que manifiesta de que, tratándose de quienes no habían de cohabitar, el evangelista no habría empleado la expresión: «antes de vivir juntos», porque nadie dice: «antes de comer», refiriéndose a uno que no ha de tomar alimento alguno, yo no sé si debo echarme a llorar o a reír.

¿Debo achacar estos juicios a la ignorancia o a la presunción? Si uno dijese: Antes de desayunar en el puerto, me embarqué con rumbo a África, ¿acaso

7. Mt 1, 24-25.

carece de sentido esta expresión, si no ha de desayunar algún día en el puerto ese individuo? ¿Acaso no podemos decir que el apóstol Pablo, antes de encaminarse a España, fue encarcelado en Roma, o bien que a Helvidio le llegó la muerte antes de que hiciera penitencia? Para hablar así, ¿sería preciso que Pablo hubiera ido a España después de haber estado en la cárcel, o que Helvidio hubiera hecho penitencia después de su muerte?[8]. Pero la Escritura dice: *¿En el abismo quién te alabará?*[9].

¿No se habrá de entender más bien que la preposición «antes», aunque muchas veces indique una consecuencia, en ciertas ocasiones sólo hace referencia a lo que se pensaba con anterioridad? Por tanto no es necesario que aquello que se discurría en un principio hubiera de ocurrir realmente, siendo así que pudo darse alguna circunstancia que lo impidiera. Así pues, cuando el evangelista dice: *Antes de que cohabitaran*, alude a que ya estaba próximo el tiempo de las nupcias y a punto de ocurrir que la prometida pasara a la condición de casada. Es como si dijera: Antes de que se intercambiaran besos y abra-

8. Estos ejemplos no tienen otra finalidad que precisar el sentido de frases en que se emplea la preposición «antes», y que nada indican acerca de si se ha realizado o no aquello que se indica a continuación de dicha partícula temporal. En cuanto a la venida de san Pablo a España, Jerónimo no estaba seguro de ella, pero pensaba que pudo haber sido una realidad y en otra obra suya dice que la predicación del apóstol se habría extendido «hasta España desde el mar Rojo, incluso desde océano a océano, imitando a su Señor, Sol de justicia, del cual leemos: Asoma por un extremo del cielo y su órbita llega hasta el otro extremo». (*Comentario a Amós*, PL 25, 1094).

9. Sal 6, 6.

zos, antes de que se consumara el matrimonio, se descubrió que ella había concebido. El que lo descubrió no fue otro que José, el cual se dio cuenta de que se abultaba el vientre de su prometida, puesto que la observaba atentamente, gracias a la familiaridad casi marital que le correspondía [10]. De aquí no se sigue, sin embargo, tal como nos lo han puesto de manifiesto los ejemplos anteriormente alegados, que después del parto José cohabitase maritalmente con María, ya que el deseo que tuviera de hacerlo así, desapareció cuando ella hubo concebido en su seno.

Nadie debe extrañarse de lo dicho en sueños a José, a saber: *No temas recibir a María, tu mujer,* y de lo que se añade después: *Despertándose José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió consigo a su mujer.* No se debe pensar que el llamarla «mujer» signifique que perdió su condición de doncella prometida. Sabemos, en efecto, que en las Sagradas Escrituras es frecuente designar como «mujeres» a las prometidas, como lo demuestran los siguientes pasajes del Deuteronomio: *Si uno en el campo encontró a una joven desposada y, haciéndole*

10. Como claramente indica san Jerónimo la expresión: «antes de vivir juntos» se refiere a la consumación del matrimonio y no a la mera cohabitación bajo un mismo techo, situación que vendría indicada al hablarse de una «familiaridad casi marital». Efectivamente muchos santos padres y escritores antiguos, como san Juan Crisóstomo (PG 57, 42) y Orígenes afirman que, al tiempo de la Anunciación, María ya vivía en la casa de José, pues era costumbre antigua que las desposadas habitaran en la misma casa en que vivía el esposo, a fin de estar así mejor guardadas y libres de peligros.

violencia, yació con ella, sea condenado a muerte; porque ha violentado a la mujer de su prójimo[11]; y en otro lugar: *Si una muchacha fue desposada a un hombre y otro, encontrándola en la ciudad yace con ella, los llevareis a los dos a las puertas de aquella ciudad y ambos serán lapidados y morirán: la joven por no haber gritado, estando en la ciudad, y el varón por haber deshonrado a la mujer de su prójimo; así extirparéis el mal de en medio de vosotros*[12]. Asimismo en otro pasaje se dice: *¿Quién se ha desposado con una mujer y todavía no la ha tomado? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y la tome otro*[13].

Por lo demás, si alguno está inquieto preguntándose por qué la Virgen concibió estando desposada y no, más bien, sin tener un prometido o marido, como lo llama la Escritura, sepa que hubo tres motivos para ello. El primero es que, a través de la genealogía de José, se conozca el origen de María, que era de su misma parentela; el segundo es el de que ella no fuera lapidada como adúltera por el pueblo, según la ley de Moisés; el tercero que, al huir a Egipto, contara con la ayuda de uno que fuera su custodio, más bien que marido.

En efecto, ¿quién en aquellas circunstancias habría dado fe al hecho de que la Virgen había concebido por obra del Espíritu Santo y de que había ve-

11. Dt 22, 25.
12. Dt 22, 23-24.
13. Dt 20, 7.

nido el ángel Gabriel como mensajero de Dios? ¿Acaso, más bien, no la habrían todos condenado como adúltera, de acuerdo con el ejemplo de Susana?[14]. Respecto de esto téngase en cuenta que incluso ahora, cuando ya la fe cristiana se ha extendido por todo el mundo, los judíos hacen disquisiciones acerca del pasaje de Isaías en que se dice: *He aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz a un hijo*[15], por razón de que en el texto hebreo se dice *jovencita*, en vez de *virgen*, o sea *aalmà* y no *bethulà*. En contra de ellos disputaremos con más rigor y precisión en otro lugar[16].

A excepción de José, de Isabel, de María misma y de poquísimas personas más, si es que podemos pensar que alguien lo escuchó de boca de ellos, todos tenían a Jesús como hijo de José, de tal modo que los mismos evangelistas, manifestando la opinión del vulgo, como es natural que lo hagan unos historiadores, le llamaron padre del Salvador, como acontece en el pasaje en que se dice: *Y vino al templo impulsado por el Espíritu* (refiriéndose a Simeón) *y cuando sus padres introducían al niño Jesús, para cumplir lo que prescribía la ley en relación a él...*[17]; y en otro lugar: *Y el padre y la madre del niño estaban maravillados de las cosas que se decían de él*[18]; y después se añade: *Y acabados los días, al volverse ellos,*

14. Cf. Dn 13.
15. Is 7, 14.
16. Véase el *Comentario a Isaías*, III, 7, C. C. S. L. 102 ss.
17. Lc 2, 27.
18. Lc 2, 33.

quedóse el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo advirtieran sus padres[19]. En cuanto a María, la cual había respondido a Gabriel, diciéndole: *¿Cómo será esto, pues no conozco varón?*[20], fíjate en lo que dice ahora, refiriéndose a José: *Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando*[21]. Éstas no son palabras de los judíos, como muchos quieren suponer, ni se trata de voces de burla. Son los evangelistas quienes llaman «padre» a José y también María le designa como «padre», no porque José fuera verdaderamente el padre del Salvador, sino porque, tal como hemos indicado antes, a fin de que quedara a salvo el buen nombre de María, por todos era considerado padre aquel que, antes de ser avisado por el ángel, que le dijo: *José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, pues lo que se engendró en ella es obra del Espíritu Santo*[22], pensaba repudiarla en secreto. Hasta tal punto estaba él convencido de que no era hijo suyo aquel que había sido concebido.

Baste ya con lo que hemos expuesto, con el intento de enseñar más que de disputar, acerca del motivo por el que José es llamado padre del Señor y María es designada como cónyuge[23], en lo cual se

19. Lc 2, 43.
20. Lc 1, 34.
21. Lc 2, 48.
22. Mt 1, 20.
23. San Agustín corrobora con gran precisión estos conceptos y dice: «Por causa de su fiel matrimonio ambos (María y José) merecieron ser llamados padres de Cristo y no sólo ella, madre, sino también él, padre, como cónyuge de su madre» (PL 44, 420).

incluye en resumen la cuestión de por qué algunos son llamados hermanos del Señor.

5. *(Helvidio).* Puesto que a este asunto, que es de poca relevancia, le reservamos otro lugar y el discurso nos exige ahora pasar a otras consideraciones, trataremos del pasaje de la Escritura que dice: *Despertándose José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió consigo a su mujer, y no la conoció hasta que ella dio a luz a su hijo y le puso por nombre Jesús*[24].

Respecto de esto, el adversario primeramente se afana en un trabajo inútil, a fin de demostrar que el verbo «conocer» se refiere al acto conyugal, más que a la cognición de algo, como si alguien hubiera negado que tenga este sentido y como si alguna persona sensata pudiera admitir las necedades que él impugna.

Después pretende explicar que la expresión adverbial «hasta que», indica un tiempo determinado después del cual ha de realizarse aquello que hasta el momento no había ocurrido, y que tal es el sentido que tienen estas palabras: *No la conoció hasta que ella dio a luz a su hijo*[25]. Es evidente —dice Helvidio— que la conoció después del parto, pues lo que estorbaba la relación conyugal era el nacimiento del hijo. En demostración de ello aporta muchos ejemplos sacados de la Escritura, blandiendo a ciegas la espada, como lo hacen aquellos gladiadores que llevan

24. Mt 1, 24-25.
25. Mt 1, 25.

los ojos vendados, y agitando su lengua resonante, para herir solamente los miembros de su propio cuerpo[26].

6. *(Jerónimo).* A todo esto nosotros responderemos con brevedad, haciendo ver que en la Sagradas Escrituras tanto el verbo «conocer» como la expresión «hasta que» tiene un doble significado. En cuanto a la palabra «conoció», que aparece en la Escritura, el mismo Helvidio ha afirmado que se refiere al acto conyugal, pero nadie duda de que «conocer» muchas veces significa saber alguna cosa, como ocurre en el pasaje que dice: *El niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres tuvieran conocimiento de ello*[27]. Ahora hemos de hacer notar, que así como Helvidio, en este caso, se apoyó en el modo de hablar acostumbrado en la Escritura, sea asimismo descalificado por la autoridad de la Escritura en lo que toca a la expresión «hasta que», la cual con frecuencia, tal como él mismo afirma, significa un tiempo determinado, pero que muchas veces también se refiere a un tiempo indefinido, como es el caso de cuando el Señor, por medio de un profeta, se dirige a ciertas personas, diciéndoles: *Yo soy, yo soy, y hasta que envejeceréis yo soy*[28]. ¿Acaso cuando ellos hayan envejecido, Dios dejará de existir? Además, en el Evangelio el Salvador dice a los apóstoles: *He aquí*

26. Se trata de los andabatas, gladiadores que peleaban con la cabeza cubierta por un casco que les tapaba los ojos. Era uno de los degradantes espectáculos de los anfiteatros romanos.
27. Lc 2, 43.
28. Cf. Is 46, 4.

que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos[29]. ¿Acaso al fin de los tiempos el Señor se apartará de sus discípulos y, cuando sentados en doce tronos han de juzgar a las doce tribus de Israel[30], por ventura ellos quedarán privados de la compañía del Señor?

También el Apóstol, escribiendo a los corintios, dice: *Las primicias, Cristo; después los que son de Cristo, aquellos que creyeron en su venida; luego el fin, cuando haya entregado su reino al Dios y Padre, cuando haya destruido todo principado y toda potestad y fuerza. Porque es menester que Él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies; porque todas las cosas sometió debajo de sus pies*[31]. Aceptamos que esto ha sido dicho acerca de un hombre, pero no negamos que se trata de aquel que sufrió la cruz y al que después se ordenó sentarse a la derecha (del Padre). ¿Qué significan, pues, estas palabras: *Es menester que Él reine hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies?* ¿Acaso el Señor solamente ha de reinar hasta tanto que sus enemigos empiecen a estar sometidos debajo de sus pies y cuando ya lo estén dejará de reinar, siendo así que entonces precisamente será cuando empiece a reinar aún más, después de que sus enemigos comiencen a estar debajo de sus pies?

Asimismo David, en el cuarto de los salmos graduales, dice: *Como están los ojos de la esclava fijos en*

29. Mt 28, 20.
30. Cf. Mt 19, 28.
31. 1 Co 15, 23-27; Cf. Sal 109 (110), 1.

las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor nuestro Dios, hasta que se compadezca de nosotros[32]. ¿Por ventura el profeta tendrá sus ojos vueltos hacia el Señor, solamente mientras esté implorando su misericordia y después de haberla alcanzado desviará su vista hacia la tierra? Precisamente él, en otro lugar, dice: *Mis ojos se consumen aguardando tu salvación y tu promesa de justicia*[33].

Habría podido acumular, a ese respecto, innumerables ejemplos y cubrir con una nube de testimonios toda la desvergüenza del provocador, pero me limitaré a añadir unos pocos más, a fin de que el lector pueda hallar por sí mismo algunos otros.

7. La palabra divina, en el Génesis, dice: *Y entregaron a Jacob todos los dioses extraños que tenían en sus manos y los pendientes que llevaban en sus orejas. Y Jacob los enterró bajo el terebinto que hay en Siquem y los hizo desaparecer hasta el día de hoy*[34]. Asimismo al final del Deuteronomio se lee: *Y murió Moisés, siervo del Señor, en la tierra de Moab por la Palabra del Señor y lo enterraron en Geth, cerca de la casa de Fegor, y nadie hasta el día de hoy conoce su sepulcro*[35].

«El día de hoy» ciertamente debe entenderse que se refiere al tiempo en que se redactó la historia, y tanto me da que lo atribuyas a Moisés, el autor del

32. Sal 122 (123), 2.
33. Sal 118 (119), 123.
34. Gn 35, 4, según los Setenta.
35. Dt 34, 6, según los Setenta.

Pentateuco, como a Esdras, el renovador de la misma obra. Ahora lo que interesa es saber si la expresión «hasta el día de hoy» se refiere a la época en que los libros fueron escritos o publicados. Demuestre, pues, ese individuo que después de aquel día, habiendo ya pasado tantos años desde que se redactaron los libros hasta nuestro tiempo, o bien ya se han hallado los ídolos que fueron enterrados debajo del terebinto, o bien ya ha sido descubierta la tumba de Moisés, puesto que él obstinadamente afirma que al cumplirse aquello a lo que se refiere la expresión «hasta que», ha de realizarse lo que no había acontecido antes del tiempo prefijado.

Este hombre, sin embargo, debería fijarse en el lenguaje usual en la Sagrada Escritura y descubrir, junto con nosotros, que, en cuanto aquellas cosas que le tenían perplejo, hay algunas sobre las cuales podríamos estar dudosos, si no se hubieran escrito, y otras que se han dejado al arbitrio de nuestra inteligencia. En efecto, si en el tiempo en que aún vivían los que habían visto a Moisés, pudo quedar ignorado el lugar de su sepultura, mucho más ha de suceder así, después de haber transcurrido ya tantos siglos. De modo semejante, en cuanto a lo acontecido con José, se comprende que el evangelista indicó aquello acerca de lo cual podría haberse producido escándalo, es decir: afirmó que María no fue conocida por su esposo hasta el tiempo del alumbramiento, a fin de que comprendiéramos que, con mucho mayor motivo, tampoco después del parto ella fue conocida por aquel que se abstuvo de conocerla cuando todavía podía fluctuar acerca de la visión.

8. En fin, yo quisiera saber por que razón José se abstuvo de su esposa hasta el día del alumbramiento. Ciertamente Helvidio responderá que fue por haber oído estas palabras del ángel: *Lo que se engendró en ella es obra del Espíritu Santo*[36]. A esto nosotros añadimos que ciertamente también había escuchado: *José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu mujer*[37]. Se le había prohibido abandonar y considerar como adúltera a su esposa. ¿Acaso, pues, se le había apartado de la unión con su cónyuge, cuando más bien había sido amonestado de que no se separase de ella?

Helvidio dice: ¿Por ventura un varón justo pensaría en tener relaciones conyugales con su mujer, después de oír que el Hijo de Dios se albergaba en su seno? En esto estoy plenamente de acuerdo. Ahora bien, aquel que prestó tanta fe al sueño, que no se atrevió a tocar a su esposa, supo, por el testimonio de los pastores, que el ángel del Señor llegó a ellos desde el cielo y les dijo: *No temáis; he aquí que os traigo un gran gozo, que lo será para todo el pueblo, pues os ha nacido un Salvador, que es el Ungido del Señor, en la ciudad de David*[38]. Y con él resonaron las alabanzas de la milicia celestial: *Gloria a Dios en las alturas y sobre la tierra paz a los hombres de buena voluntad*[39]. Vio también al justo Simeón

36. Mt 1, 20.
37. Mt 1, 20.
38. Lc 2, 10-11.
39. Lc 2, 14.

tener en sus brazos al niño y exclamar: *Ahora, Señor, dejas a tu siervo irse en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación*[40]. Contempló, asimismo, a Ana la profetisa, a los magos, la estrella, a Herodes y a los ángeles. El que había presenciado tan grandes milagros, ¿se atrevería a tocar este templo, sede del Espíritu Santo y Madre de su Señor?[41].

En verdad *María guardaba todas estas cosas en su corazón*[42]; mas, a fin de que tú no digas, con desvergüenza, que José desconocía tales cosas, Lucas afirma: *Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él*[43]. Puede ser que tú, con inaudito atrevimiento, intentes decir que esto ha sido introducido con falsedad en los códices griegos, pero resulta que lo han incorporado a sus escritos no sólo casi todos los exegetas de Grecia, sino que también entre los latinos hay quienes lo aceptan tal como aparece en las obras de los griegos.

No es necesario tratar ahora acerca de la diversidad de las copias, puesto que toda la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, ha sido

40. Lc 2, 29-30.

41. Orígenes en sus comentarios a san Mateo manifiesta su convicción acerca de esto, diciendo que el cuerpo de María escogido para morada del Verbo de Dios, no debía conocer varón después de que el Espíritu Santo había descendido sobre la Virgen y el poder del Altísimo la había cobijado con su sombra (t. 10, cap. 17, G.C.S. 40, 21-22). San Basilio, respondiendo vigorosamente al obispo Eunomio, profiere esta exclamación: «Los amantes de Cristo se niegan a prestar oídos a la idea de que la Madre de Dios dejara jamás de ser virgen» (PG 31, 1468).

42. Lc 2, 19-51.

43. Lc 2, 33.

traducida del griego al latín y es comprensible que las aguas sean más puras cuando manan de la fuente, que no cuando ya corren por el cauce de los ríos[44].

7 bis.[45] *(Helvidio).* Estas cosas —dices tú— son para mí, simplezas, argumentaciones superfluas y disputas más bien minuciosas que verídicas. ¿Es que la Escritura, igual que en el caso de Tamar y Judá, no pudo también decir: *Y tomó a su mujer y no se atrevió nunca más a tocarla*[46]? ¿Acaso le faltaron palabras a Mateo para poder expresar lo que quería dar a entender? Dice: *No la conoció hasta que ella dio a luz a su hijo*[47]. Después del parto la conoció, pues, habiendo hasta entonces diferido el conocerla.

8 bis. *(Jerónimo).* Si tanto te gusta el disputar, ahora serás vencido a base de tus propias cavilaciones. No pretendo que interpongas un determinado período de tiempo entre el parto y el acto conyugal. No quiero que digas: *Toda mujer que concibió y dio a luz a un varón será impura durante siete días; será impura, como acontece en los días de su separación y purificación; y al octavo día circuncidará la carne del*

44. Cuatro familias de códices forman la base de la transmisión del texto del Nuevo Testamento. Se denominan, con mayor o menor razón: Alejandrina, occidental, cesariense y antioquena. La labor de crítica textual, hecha por los expertos, ha sido muy larga y compleja. La norma propuesta por Jerónimo acerca de la aproximación a las fuentes es, en definitiva, fundamental.

45. A pesar de los errores que contiene, conservamos la numeración de los párrafos tal como aparece en la Patrología de Migne, por razón de las citas que se acostumbran hacer siguiendo dicha edición.

46. Cf. Gn 38, 26.

47. Mt 1, 25.

prepucio del niño y ella permanecerá durante treinta días en la sangre de su purificación; no tocará nada santo, etc.[48]. Acérquese enseguida a ella José y escuche al punto la voz de Jeremías que dice: *Para mí han venido a ser como caballos desbocados por razón de las hembras. Cada uno relinchaba ante la mujer de su prójimo*[49]. De no ser así, ¿cómo podría sostenerse la expresión que dice: *No la conoció hasta que dio a luz a su hijo,* si espera hasta que haya pasado el tiempo de la purificación, si el impulso de la concupiscencia, refrenado desde tanto tiempo, ha de conocer aún una dilación de cuarenta días? ¡Quede la parturienta manchada de sangre, acojan las parteras al niño que exhala vagidos, sostenga el marido a la esposa agotada! ¡Tenga lugar en estas circunstancias el inicio de las nupcias, a fin de que el evangelista no quede como un mentiroso!

¡Lejos de nosotros el pensar tales cosas acerca de la Madre del Salvador y de un varón justo! Allí no hubo ninguna partera; allí no medió diligencia alguna de mujercitas. Ella misma envolvió al niño en pañales. Ella fue a la vez madre y comadrona. *Y lo colocó en un pesebre, pues para él no había lugar en el albergue*[50]. Esta persuasión, por una parte, refuta los desvaríos de los apócrifos[51], ya que fue María en

48. Lv 12, 2-4.
49. Jr 5, 8.
50. Lc 2, 7.
51. El motivo de que en los relatos de los Apócrifos se destaque con insistencia la presencia de unas comadronas, sin duda no fue otro que el de atestiguar la virginidad de María en el parto, por medio de unas personas que debían parecer las más cualificadas dentro de los

persona la que envolvió en pañales al niño, y, por otra parte, no permite dar satisfacción al deseo de Helvidio, pues no hubo lugar para unas nupcias en el albergue.

9. *(Helvidio).* Hemos dado ya respuesta, con suficiente amplitud, a lo que él nos propone, o sea a los textos que dicen: *Antes de que cohabitaran* y *No la conoció hasta que dio a luz a su hijo.* Hemos de tratar ahora una tercera cuestión, de modo que nuestra respuesta siga el mismo orden con que él procedió en su disputa.

El pretende que María tuvo otros hijos, puesto que está escrito: *Subió, pues, José a la ciudad de David, para inscribirse junto con su esposa, que estaba encinta. Sucedió que, estando ellos allí, se cumplieron los días del parto y dio a luz a su hijo primogénito*[52]. Se esfuerza en probar que sólo puede denominarse primogénito aquel que tiene hermanos, del mismo modo que se llama unigénito aquel hijo que es único para sus padres.

10. *(Jerónimo).* Nosotros, en cambio, afirmamos lo siguiente: Todo unigénito es primogénito, pero no todo primogénito es unigénito. Es primogénito no sólo aquel después del cual siguen otros, sino que lo es también el que no ha sido precedido por otro. Dice el Señor a Aarón: *Todo lo que abre el*

ambientes populares, en los que mayormente se divulgaban tales escritos. Estas narraciones demuestran lo arraigada que estaba en los fieles la fe en la virginidad de María, quien no sufrió menoscabo alguno de su integridad al producirse el alumbramiento de su Hijo en Belén.

52. Lc 2, 4-7.

útero materno, de toda carne que es ofrecida al Señor, así de los hombres como de los animales, será tuyo. Serán rescatados solamente los primogénitos de los hombres y los primogénitos de los animales inmundos[53].

La Palabra de Dios da la definición de primogénito: *Todo lo que abre el útero materno*. De no ser así, si solamente fuera primogénito aquel después del cual siguen hermanos, el primogénito no debería ofrecerse a los sacerdotes hasta tanto que hubiesen nacido otros hijos, no fuera a suceder que, al no producirse otros nacimientos, aquél fuera unigénito y no primogénito.

Su rescate —dice la Escritura— *será a la edad de un mes y su estimación será de cinco siclos, que, según el valor del siclo del santuario, equivale a veinte óbolos. Únicamente dejarás de rescatar los primogénitos de los terneros, los primogénitos de las ovejas y los primogénitos de las cabras, porque son santos*[54].

La Palabra de Dios me obliga a ofrecer a Dios todo lo que abre el útero materno, si procede de animales puros, y a rescatarlo, dando el precio al sacerdote, si proviene de animales inmundos. Podría responder, diciendo: ¿Por qué me obligas a hacerlo al cumplirse el plazo de un mes? ¿Por qué llamas primogénito a aquel del que ignoro si tendrá o no hermanos? Espera hasta que nazca el segundo. Nada debo al sacerdote hasta que haya nacido aquel que determine que el anterior empieza a ser primogénito.

53. Nm 18, 15; Cf. Ex 34, 19-20.
54. Nm 18, 16-17.

¿Acaso no se pondrán a hablar las tildes mismas de las letras y me argüirán de insensatez, puesto que se ha de considerar primogénito a aquel que abre el útero materno y no al que tiene hermanos menores que él? Finalmente acerca de Juan, del que consta que es unigénito, yo pregunto si no fue también primogénito y si no estuvo plenamente sujeto a la misma norma de la ley. Esto no puede ponerse en duda. En cuanto al Salvador, la Escritura se expresa claramente, diciendo: *Y cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para ofrecerlo al Señor, según está escrito en la ley del Señor que todo primogénito de sexo masculino será consagrado al Señor, y para ofrecer como sacrificio, según lo que se ordena en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos palominos*[55].

Si esta ley se refiere sólo a los primogénitos y el que uno sea primogénito depende de que le sobrevengan hermanos, no debería estar obligado a la ley de primogénito aquel del que no se sabía si tendría hermanos. Mas, puesto que está sujeto a la ley en cuanto primogénito incluso el que no tiene hermanos, se deduce que se denomina primogénito aquel que abre el útero materno, sin que haya nacido antes ningún hermano, y que no se le considera primogénito por el hecho de haber nacido después de él algún hermano.

Moisés escribe en el Éxodo: *Sucedió que, alrededor de la media noche, el Señor hirió a todo primogé-*

55. Lc 2, 22-24.

nito en la tierra de Egipto, desde el primogénito del Faraón, que estaba sentado en su trono, hasta el primogénito de una cautiva que estuviera en la mazmorra, y a todos los primogénitos de los animales[56].

Respóndeme a ver si los que sucumbieron por obra del exterminador eran los primogénitos o también los unigénitos. Si se llama primogénitos solamente a los que tienen hermanos, entonces los unigénitos quedaron a salvo; si, por el contrario, perecieron siendo unigénitos, resultó contrario a la sentencia dictada el que los unigénitos murieran junto con los primogénitos. Así pues, o bien libras del castigo a los unigénitos y quedas tú en ridículo, o bien confiesas que murieron, y entonces a la fuerza queda demostrado que los unigénitos también se llaman primogénitos[57].

11. *(Última cuestión presentada por Helvidio).* El último asunto, que él ya pretendía introducir cuando trataba del término «primogénito», es el de que en los Evangelios se hace mención de unos hermanos del Señor, como en el pasaje en que se dice: *He aquí que su madre y sus hermanos estaban afuera, deseando hablar con él*[58]; y en otro lugar: *Después de esto bajó a Cafarnaum y con él su madre y sus herma-*

56. Ex 12, 29.

57. A estos ejemplos y razonamientos podrían añadirse otros muchos, como el testimonio de una inscripción funeraria, correspondiente al año 5 a. de C., descubierta en 1922 en una necrópolis judía, en la que se llama primogénito al hijo de una madre que murió al dar a luz a su primer hijo, que, por lo tanto, era hijo único.

58. Mt 12, 46.

nos[59]; e igualmente: *Sus hermanos, pues, le dijeron: Parte de aquí y dirígete a la Judea, para que también tus discípulos vean esas obras que haces. Porque nadie hace las cosas ocultamente, si pretende manifestarse. Puesto que haces tales cosas, manifiéstate al mundo*[60]. Y Juan prosigue, diciendo: *Ni siquiera sus hermanos creían entonces en él*[61].

Marcos y Mateo, a su vez, dicen: *Y les enseñaba en su sinagoga, en su patria, de modo que se asombraban y decían: ¿De dónde le vienen esta sabiduría y estos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿Y sus hermanas no están todas entre nosotros?*[62].

También Lucas en los Hechos de los Apóstoles dice: *Todos estos perseveraban unánimemente en la oración, juntamente con las mujeres y con María la madre de Jesús y con sus hermanos*[63]. Igualmente el apóstol Pablo está de acuerdo con la verdad de esta historia y habla de un modo semejante, diciendo: *Subí* (a Jerusalén) *conforme a una revelación y no vi a ninguno* (de los apóstoles) *más que a Pedro y Santiago, el hermano del Señor*[64]. Y en otro lugar dice: *¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber? ¿Acaso no tenemos derecho a traer con nosotros a nuestras*

59. Jn 2, 12.
60. Jn 7, 3-4.
61. Jn 7, 5.
62. Mt 13, 54-56; Mc 6, 1-3.
63. Hch 1, 14.
64. Ga 2, 2; 1, 18-19.

mujeres, lo mismo que los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas?[65].

Por temor de que alguien se resistiera a aceptar el testimonio de los judíos, que habían mencionado los nombres de dichos hermanos, y afirmara que ellos habían caído en el mismo error que cuando se referían a su padre, Helvidio afirma ingeniosamente que tales nombres fueron también consignados en otro lugar por el evangelista y que corresponden a quienes fueron hermanos del Señor e hijos de María[66]. Es Mateo quien dice: *También estaban allí* (es decir: ante la cruz del Señor, indudablemente) *muchas mujeres, mirando desde lejos, que habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo*[67]. Marcos, por su parte, dice: *Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé*[68]; y en el mismo pasaje, poco después, añade: *Y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén*[69]. Lucas, a su vez, dice: *Eran María Mag-*

65. 1 Co 9, 4-5.

66. Téngase presente también que los parientes de Jesús, llamados «hermanos del Señor», eran objeto de un singular honor en las comunidades judeocristianas y que una tal designación vino a ser como un título de distinción, que las comunidades de lengua griega no quisieron inmutar y lo tradujeron literalmente.

67. Mt 27, 55-56.

68. Mc 15, 40.

69. Mc 15, 41.

dalena, Juana, María la de Santiago y las demás que iban con ellas[70].

12. *(Jerónimo).* Hemos reproducido estos textos, a fin de que Helvidio no pueda proferir calumnias y decir a voz en grito que hemos eliminado aquellas cosas que van en su apoyo, y que rechazamos sus opiniones no con testimonios de la Escritura, sino con una discusión engañosa y falaz. Ahí tienes —dice— a Santiago y a José, hijos de María, que son los mismos a quienes los judíos han designado como hermanos (del Señor); he aquí a María madre de Santiago el menor y de José. Se le llama Santiago el menor, para distinguirle del mayor, que era hijo de Zebedeo, tal como lo anota también Marcos en otro pasaje en que dice: *María Magdalena y María madre de Santiago y de José observaron dónde le ponían y, pasado el sábado, compraron perfumes y fueron al sepulcro*[71]. Helvidio continúa, diciendo: ¡Oh cuán deplorable e impío sería formarnos una mala opinión acerca de María diciendo que, mientras las otras mujeres atendían con solicitud a la sepultura de Jesús, su madre estaba ausente, o bien que aquí se habla de otra María, siendo así que el Evangelio de Juan atestigua que ella estuvo allí presente cuando el Señor, desde la cruz, siendo ella ya viuda, le encomendó a Juan y se la dejó como madre![72]. ¿Acaso se engaña-

70. Lc 24, 10.

71. Cf. Mc 15, 47; 16, 1-2.

72. San Ambrosio, en su tratado *De la formación de la virgen y de la virginidad perpetua de María*, descubre una especial conexión entre los acontecimientos del Calvario y la perpetua virginidad de María, y dice: «Estaba la madre de pie ante la cruz y, mientras huían los varo-

ron los evangelistas y nos engañaron a nosotros, designando a María como madre de aquellos a quienes los judíos habían llamado hermanos de Jesús?

13. ¡Oh ciego delirio, oh mente insensata abocada a tu propia ruina! Dices que su madre estuvo presente junto a la cruz del Señor y que a causa de su viudez y soledad fue encomendada al discípulo Juan, como si, según tu opinión, no tuviera cuatro hijos y varias hijas para hacerle compañía. Además tú la tienes por viuda, pero la Escritura no dice nada a ese respecto. Alegas todos los casos presentados por los evangelistas, pero las palabras de Juan no te complacen. Dices, como de pasada, que ella estuvo presente junto a la cruz del Señor, a fin de que no cause la impresión de que te lo callas de propósito, pero nada dices acerca de las mujeres que estaban allí junto con ella. Excusaría tu ignorancia, si no viera que lo callas intencionadamente. Escucha, pues lo que dice Juan: *Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, la hermana de su madre María de Cleofás y María Magdalena*[73].

Nadie pone en duda que hubo dos discípulos que llevaban el nombre de Santiago: Santiago el hijo de Zebedeo y Santiago hijo de Alfeo. Ese otro, sea el que sea, que es llamado Santiago el menor y que la Escritura menciona como hijo de María, pero no de la Madre del Señor, ¿lo tienes tú por apóstol, o

nes, permanecía ella intrépida. Considerad si pudo flaquear en su pudor la Madre de Jesús, no habiendo flaqueado en su entereza» (n. 49, PL 16, 305ss.).

73. Jn 19, 25.

no? Si es apóstol debe ser el hijo de Alfeo, pero éste creía en el Señor y por tanto no sería uno de aquellos hermanos de los cuales la Escritura dice: *Pues ni siquiera sus hermanos creían entonces en él*[74]. Si, en cambio, no es apóstol, sino un tercer Santiago, ¿cómo se le puede considerar hermano del Señor y cómo, siendo un tercero, se le llama «el menor», teniendo en cuenta que la distinción entre uno mayor y otro menor suele hacer referencia a dos personas y no a tres? Por lo demás, el hermano del Señor fue apóstol, según lo dice Pablo, a saber: *Luego, pasados tres años, vine a Jerusalén, para ver a Pedro y me quedé junto a él durante quince días. No vi a ningún otro apóstol, más que a Santiago, el hermano del Señor*[75]. Y en la misma carta leemos: *Habiendo ellos reconocido la gracia que me ha sido dada, Pedro, Santiago y Juan, los cuales eran considerados como columnas...*[76]. A fin de que no te figures que este Santiago sea el hijo de Zebedeo, lee los Hechos de los Apóstoles y verás que a éste ya lo había hecho matar Herodes[77]. Así pues se ha de concluir que esta María, que es presentada como madre de Santiago el menor, debió ser la mujer de Alfeo y hermana de María, la Madre del Señor y la misma a quien Juan Evangelista llama María de Cleofás, atribuyéndole este nombre ya sea por razón de su padre, o de su familia, o por otro cualquier motivo. Si te parece,

74. Jn 7, 5.
75. Ga 1, 18-19.
76. Ga 2, 9.
77. Cf. Hch 12, 2.

sin embargo, que se trata de dos personas distintas, porque en un lugar se habla de María madre de Santiago el menor y en otro de María de Cleofás[78], debes fijarte en que la Escritura acostumbra a atribuir diversos nombres a una misma persona. Así resulta que Ragüel, el suegro de Moisés es llamado también Jetró; Gedeón, sin que aparezca de antemano ningún motivo del cambio de nombre, de pronto es designado como Jerobaal; a Ozias, rey de Judá, también se le llama Azarías. El monte Tabor es conocido igualmente como Itabirio; al Hermón los fenicios lo llaman Sanior y los amorreos Senir. Una misma región es designada con tres nombres: Neguev, Temán y Darón, según puedes ver en Ezequiel. Pedro es llamado también Simón y Cefas; a Judas el zelote en otro Evangelio se le conoce como Tadeo[79]. El que lea las Escrituras, en no pocos lugares de ellas podrá descubrir por sí mismo otros muchos casos semejantes.

14. Lo que ahora tratamos de explicar es por qué son llamados hermanos del Señor los hijos de María, la hermana de su madre, los cuales antes no creían en él, pero después creyeron. Pudo ocurrir que uno creyera enseguida, mientras que otros permanecieran sin creer durante largo tiempo, y es posible que dicha mujer fuese la madre de Santiago y de José, o sea María de Cleofás, la esposa de Alfeo,

78. Cf. Mc 15, 40; Jn 19, 25.
79. Cf. Ex 2, 18; 3, 1; Jc 6, 32; 7, 1; 2R 19, 1; 2 Cro 26, 1ss.; Mt 16, 16ss.; Mc 3, 18; Lc 6, 16, etc.

a la que también se conocía como María la madre de Santiago el menor. Si se tratara, en efecto, de la Madre del Señor, el evangelista te la habría designado como tal, del mismo modo que lo hace en todos los demás pasajes, y no habría llamado madre de otros a la que quería que fuera reconocida como la madre de Él. Pero en este asunto no quiero prolongar inflexiblemente el debate. Admito la posibilidad de que María de Cleofás sea distinta que la otra María, madre de Santiago y de José, pero quede bien claro que esta María, madre de Santiago y de José no es la Madre del Señor.

Tú me dirás: ¿Por qué, pues, son llamados hermanos del Señor quienes en realidad no eran hermanos suyos? Ahora mismo te haré ver que las divinas Escrituras hablan de hermanos en cuatro sentidos diversos: por naturaleza, por estirpe, por parentesco y por afecto. Por naturaleza son hermanos Esaú y Jacob, los doce patriarcas, Andrés y Pedro, Santiago y Juan. Por razón de estirpe todos los judíos se llaman entre sí hermanos. Por eso se lee en el Deuteronomio: *Si compras a un hermano tuyo, hebreo o hebrea, te servirá durante seis años, pero al séptimo año lo despedirás libre de tu casa*[80]. En el mismo libro se dice: *Constituirás príncipe sobre ti a aquel que haya elegido el Señor tu Dios, y que sea uno de entre tus hermanos. No alzarás, pues, como príncipe a un extranjero, porque no es hermano tuyo*[81]. También se

80. Dt 15, 12; Cf. Ex 21, 2; Jr 34, 14.
81. Dt 17, 15.

lee: *Si ves un buey o un cordero de tu hermano que se haya perdido, no los dejes abandonados; llévaselos a tu hermano. Si tu hermano vive lejos y no le conoces, recógelos en tu casa y tenlos contigo, hasta que tu hermano venga a buscarlos, y devuélveselos*[82]. El apóstol Pablo, por su parte, dice: *Deseaba ser yo mismo anatema por parte de Cristo, en bien de mis hermanos según la carne, que son israelitas*[83].

Por razón de parentesco se llaman hermanos quienes pertenecen a una misma familia, o sea que tienen una patria común. Por eso los latinos hablan de «paternidades», refiriéndose a los que son descendientes de una raíz común y que forman ya una numerosa posteridad. A este respecto, leemos en el Génesis: *Dijo Abraham a Lot: Que no haya contiendas entre nosotros dos, ni entre mis pastores y los tuyos, puesto que somos hermanos*[84]; y en el mismo pasaje se dice: *Lot eligió para sí la región del Jordán y levantó el campamento yéndose hacia Oriente y así cada cual se apartó de su hermano*[85]. Y sin embargo, es cierto que Lot no era hermano de Abraham, sino hijo de su hermano Arán. Teraj, en efecto, engendró a Abraham, Najor y Arán; y Arán engendró a Lot[86].

También está escrito: *Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán. Y tomó Abraham a*

82. Dt 22, 1-2.
83. Rm 9, 3-4.
84. Gn 13, 8.
85. Gn 13, 11.
86. Gn 11, 27.

Sara su mujer y a Lot el hijo de su hermano[87]. Si todavía dudas de que se denomine hermano al hijo de un hermano, fíjate en este otro texto: *Cuando Abraham oyó que se habían llevado cautivo a Lot, su hermano, escogió a trescientos dieciocho domésticos suyos*[88]. Y, después de narrarse la derrota infligida con el asalto nocturno, se añade: *Sometió toda la caballería de los de Sodoma y recuperó a Lot, su hermano*[89].

Deberían bastar estas cosas para probar lo que llevamos dicho; mas, a fin de que no continúes con tus sofismas y te escapes como una serpiente escurridiza, has de ser amarrado con las ataduras de tus testimonios, para que no lances silbidos lastimeros, diciendo que has sido derrotado con argumentaciones y no con la verdad de las Escrituras.

Jacob, hijo de Isaac y de Rebeca, cuando por temor de las asechanzas de su hermano, se fue a Mesopotamia, se acercó y apartó la piedra de la boca del pozo y dio de beber a las ovejas de Labán, el hermano de su madre[90]. *Jacob besó a Raquel y, levantando la voz, lloró e indicó a Raquel que era hermano de su padre e hijo de Rebeca*[91]. Observa cómo aquí, siguiéndose la norma antes indicada, el hijo de una hermana es llamado hermano.

87. Gn 12, 4-5.
88. Gn 14, 14.
89. Gn 14, 16.
90. Gn 28 y 29.
91. Gn 29, 11-12.

Poco después se lee: *Dijo Labán a Jacob: Puesto que eres mi hermano, no has de servirme de balde. Dime cuál va a ser tu salario*[92].

Transcurridos veinte años, cuando Jacob regresaba a su patria acompañado de sus esposas e hijos, sin que lo supiera su suegro Labán, éste lo alcanzó en los montes de Galaad y, al no encontrar en los equipajes los ídolos que reclamaba y que Raquel había ocultado, Jacob le contestó, diciendo: *¿Cuál es mi culpa y cuál mi delito para que así me persigas? ¿Por qué has registrado todos mis fardos? ¿Qué has encontrado que te pertenezca? Preséntalo aquí ante tus hermanos y los míos y que ellos sean jueces entre nosotros dos*[93].

Respóndeme tú, Helvidio, a ver quiénes son estos hermanos de Jacob y de Labán, que allí estaban presentes. Esaú, el hermano de Jacob, ciertamente estaba ausente y Labán, hijo de Batuel, no tuvo hermano ninguno, aparte de su hermana Rebeca.

15. Innumerables son los ejemplos que a este respecto se encuentran en las divinas Escrituras; mas, a fin de no alargarme, me limitaré a mencionar los que corresponden a la última de las categorías mencionadas, o sea a aquellos que se llaman hermanos por el afecto, lo cual puede referirse o bien al afecto espiritual o bien al normal y común. Por afecto espiritual todos los cristianos nos llamamos hermanos, lo cual se refleja en estas palabras: *Mirad*

92. Gn 29, 15.
93. Gn 31, 36-37.

cuán bueno y delicioso es convivir los hermanos unidos[94]; y en otro salmo en que el Salvador dice: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos*[95]; y en otro lugar: *Ve a decir a mis hermanos...*[96]. Hay además un afecto común, porque, siendo todos hijos de un mismo Padre, estamos vinculados por una misma fraternidad. Por eso está escrito: *Decid a los que os odian: Sois hermanos nuestros*[97]; y el Apóstol dice a los corintios: *Si algún hermano es notoriamente fornicario, o avaro, o idólatra, o ultrajador, o borracho, o ladrón: con ese tal, ni comer en su compañía*[98]. Y quedan todavía otros textos semejantes.

Ahora yo te pregunto: ¿En qué sentido piensas que algunos en el Evangelio son llamados hermanos del Señor? ¿Según la naturaleza? Pero la Escritura no lo dice, ni les llama hijos de María, ni de José. ¿Según la estirpe? Sería absurdo que unos pocos de entre los judíos fueran llamados hermanos, siendo así que todos los judíos que estaban allí podrían, por la misma razón, ser denominados hermanos. ¿Según el afecto, ya sea por vínculo humano o espiritual? Si fuese así, ¿quien podría llamarse hermano con más razón que los apóstoles a quienes el Señor instruía en la intimidad y a los que denomina «madres» y «hermanos»?[99]. Por lo demás, si se entendiese en el

94. Sal 132 (133), 1.
95. Sal 21 (22), 23.
96. Jn 20, 17.
97. Cf. Is 66, 5.
98. 1 Co 5, 11.
99. Cf. Mt 12, 49-50 y par.

sentido de que todos, por el hecho de ser hombres, somos hermanos, sería insensato anunciar de un modo particular: *He aquí que tu madre y tus hermanos te están buscando*[100], teniendo en cuenta que todos los hombres, en el dicho sentido general, somos hermanos.

Queda pues, según lo que hemos explicado anteriormente, que los considera hermanos por razón de parentesco y no de afecto, ni de estirpe, ni de naturaleza. En tal sentido Lot fue llamado hermano de Abraham e igualmente Jacob de Labán y las hijas de Salfad recibieron la herencia entre sus hermanos[101]. Igualmente Abraham tomó por esposa a Sara, su hermana, y dijo: *Ésta es en verdad hermana mía de parte de padre, pero no de parte de madre*[102], o sea que era hija del hermano y no de la hermana. ¿Cómo de otra manera Abraham, que era un varón justo, habría podido tomar por esposa a la hija de su propio padre? La Escritura, en efecto, ni siquiera menciona tal cosa en relación con los primeros hombres, a fin de no ofender la dignidad de los oyentes, sino que prefiere dejarlo entender sin decirlo expresamente. Después Dios en la ley lo condena con amenazas, diciendo: *El que tome consigo a su hermana, ya sea de parte de padre o de madre, y vea su desnudez y ella vea la desnudez de él, comete una abominación; ambos serán exterminados en presencia*

100. Cf. Mc 3, 32 y par.
101. Cf. Nm 36, 1ss.
102. Gn 20, 12.

de los hijos de su pueblo. Por haber descubierto la desnudez de su hermana, será reo de su propio pecado [103].

16. Tú, el más ignorante de los hombres, no habías leído estas cosas y, abandonando del todo el piélago de las Escrituras, has desfogado tu rabia injuriando a la Virgen, a semejanza de aquel que, según dicen las fábulas, resultando ser un desconocido para la gente y no siendo capaz de imaginar ninguna acción noble que pudiera hacerle famoso, incendió el templo de Diana y, como nadie divulgara aquel sacrilegio, se dice que él mismo se presentó en público, proclamándose autor del incendio; y, al preguntarle los magistrados de Éfeso por qué razón se había decidido a hacer tal cosa, él respondió: Para hacerme famoso por el mal, ya que no podía lograrlo por el bien. Así lo cuenta la historia griega.

Tú has incendiado el templo del cuerpo del Señor; tú has contaminado el santuario del Espíritu Santo [104], del cual pretendes que hayan salido una cuadriga de hermanos [105] y varias hermanas. Uniendo tu

103. Cf. Lv 18, 9ss.

104. La consideración de María como «santuario» en el que habita el Señor, adquirió un gran desarrollo en la predicación y en la liturgia, ya en la época patrística. En la fiesta de la Entrada de María en el templo (21 de noviembre), en el rito bizantino, se canta esta antífona: «Hoy entra en la casa del Señor la que es el templo más puro del Salvador, la que, al mismo tiempo, es una virgen y una cámara nupcial de gran precio, el verdadero tesoro de la gloria de Dios, y con ella trae la gracia del Espíritu divino. Los ángeles de Dios le cantan himnos. Ella es el Tabernáculo divino». Pienso que san Jerónimo puede considerarse como uno de los primeros eslabones de una larga y áurea cadena de alabanzas a María, invocada como Santuario del Altísimo.

105. Esta expresión de «cuadriga» para indicar un grupo de cuatro personas es usada por Jerónimo en diversas ocasiones. Así designa a

voz a la de los judíos, dices: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿Y sus hermanas no están todas entre nosotros?*[106].

La voz «todos» se aplica sólo a una turba. Ahora yo pregunto: ¿Quién te conocía antes de que profirieses tal blasfemia y quién te valoraba en dos ases? ¡Has conseguido lo que pretendías: Te has hecho famoso con un delito! Yo mismo, que escribo en contra de ti y que habito en la misma ciudad que tú, ignoro, como quien dice, si eres blanco o negro. Paso por alto los defectos de expresión, de los cuales está rebosando tu libro, guardo silencio acerca de tu ridículo exhordio: ¡Oh tiempos, oh costumbres! No reclamo la elocuencia que tú, desprovisto de ella, exigías al hermano Carterio. Lo repito: yo no exijo la brillantez del estilo: lo que pido es la pureza del alma. Para los cristianos es una incorrección y un vicio el narrar o el hacer alguna cosa indecente.

Llegando ya a la conclusión, te presento un dilema[107] y te hablo como si nada te hubiera expuesto

los cuatro primeros discípulos que conocen a Jesús junto al Jordán (*Comentario al Evangelio de San Marcos*, Ciudad Nueva, 44); también llama «cuadriga del Señor» a los evangelistas (*Carta* 53, a Paulino, BAC, 446) y «cuadriga de santidad» a los miembros de la familia de santa Paula que abrazaron la vida ascética (*Carta* 66, a Panmaquio, n. 2, 620).

106. Mt 13, 55; Mc 6, 3.

107. Acerca del «dilema», o sea el argumento que viene a ser como espada de doble filo, puede verse lo que san Jerónimo dice en su carta a Océano, en la que habla de una experiencia personal suya en relación con las luchas dialécticas (*Cartas, o.c.*, I, 650).

ya antes: Los hermanos del Señor son llamados así de la misma manera que a José se le denomina su padre. En el Evangelio se lee: *Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando*[108]. La que habla así es su madre; no los judíos. El mismo evangelista es el que anota: *Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él*[109]. Hay además otros pasajes semejantes, que ya hemos presentado y en los cuales también se les denomina padres. Y para que no pongas quizá el pretexto de la diversidad de los códices, ya que sin razón alguna te has persuadido de que los códices griegos han sido falsificados, acudo al Evangelio de Juan en el cual de un modo clarísimo está escrito: *Encuentra Felipe a Natanael y le dice: Aquel de quien escribió Moisés en la ley e igualmente los profetas, le hemos encontrado: Jesús, hijo de José de Nazaret*[110]. Esto ciertamente se halla en tu códice.

Respóndeme: ¿Cómo Jesús es hijo de José, si consta que fue engendrado por obra del Espíritu Santo? ¿Fue José verdaderamente su padre? Por más que seas insensato, ¿te atreverás a afirmarlo? ¿O sólo se le tenía como padre? Aquellos otros, pues, son considerados hermanos del mismo modo que José fue considerado padre.

17. Una vez que nuestro discurso ha escapado ya de la navegación por entre escollos y lugares es-

108. Lc 2, 48.
109. Lc 2, 33.
110. Jn 1, 45.

carpados, hemos de desplegar las velas[111] y abordar los epílogos de este pretendido sabio que aduce a su favor como testigo a Tertuliano y cita algunas palabras del obispo Victorino de Pettau. En cuanto a Tertuliano me limitaré a decir que no permaneció unido a la Iglesia; de Victorino afirmo lo mismo que dije de los evangelistas, o sea que él habló de hermanos del Señor y no de hijos de María, entendiendo lo de hermanos en el mismo sentido que hemos dicho anteriormente, es decir: por razón de parentesco y no de naturaleza[112].

En realidad nos estamos ocupando de bagatelas y, habiendo dejado la fuente de la verdad, vamos siguiendo los arroyos de las suposiciones. ¿Acaso yo no podría concitar contra ti todo el conjunto de los escritores antiguos? Ignacio, Policarpo, Ireneo, el mártir Justino y muchos otros varones apostólicos y elocuentes escribieron libros repletos de sabiduría en contra de Ebión, Teodoto de Bizancio y Valentín, quienes sostenían opiniones parecidas a las tuyas. Si tú, algún día, leyeses tales libros, lograrías tener mejor criterio.

111. El paso de una navegación peligrosa por entre escollos a un periplo seguro por mar abierto y dilatado, es una figura literaria empleada muchas veces por san Jerónimo. Así lo hace, por ejemplo, en su carta a Heliodoro, en la que dice: «Pero ya ha salido mi discurso de los lugares escollosos y mi frágil barquilla ha logrado ganar la alta mar por entre las cóncavas rocas y espumosas olas» (*Cartas, o. c.*, I, 81).

112. La alusión a Tertuliano puede referirse a su escrito titulado *De carne Cristi* (PL 2, 766-769). La mención relativa a Victorino de Pettau concierne a un comentario suyo que se ha perdido.

Creo que responder con brevedad a cada una de las cuestiones será mejor que prolongar el escrito con detenidas explicaciones.

18. Ahora voy a atacarte en aquello en que te has querido mostrar elocuente, enfrentando la virginidad con el matrimonio. Nos hemos reído de ti, recordando el proverbio que dice: «Vimos bailar un camello».

Tú dices: ¿Acaso las vírgenes son más excelentes que Abraham, Isaac y Jacob, los cuales estuvieron casados? Viendo que cada día en el seno de las madres son plasmados los niños por la mano de Dios, ¿podemos con razón sonrojarnos de que María se uniera en matrimonio después del parto? Si esto a algunos causa vergüenza —sigues diciendo— será preciso que dejen de creer que Dios ha nacido a través de los órganos genitales de una virgen, ya que para ellos esto debe ser más vergonzoso que no el que la Virgen se haya unido a su esposo después del parto. Añade, si quieres, aún otras cosas humillantes, que son propias de la naturaleza: el vientre que se va hinchando durante nueve meses, las náuseas, el parto, la sangre, los paños. Imagínate al niño con la acostumbrada envoltura de membranas. Recuerda el pesebre, los vagidos del infante, la circuncisión en el octavo día y el tiempo de purificación como prueba de que era impuro. No nos avergonzamos, no guardamos silencio. Cuanto mayores son las humillaciones que él ha sufrido por nosotros, tanto mayor es la deuda que tengo con él. Después de enumerar todas las humillaciones, no hallarás ninguna que resul-

te más deshonrosa que la cruz: a ella reconocemos, en ella creemos, por ella triunfamos de los enemigos [113].

19. Así como no negamos aquellas cosas que han sido escritas, de igual modo es que no aceptamos las que no han sido escritas. Creemos que Dios ha nacido de una virgen, porque lo hemos leído. No creemos que María se haya unido conyugalmente después del parto, porque no lo hemos leído [114].

No afirmamos esto para condenar el matrimonio, puesto que la virginidad misma es fruto del matrimonio; lo decimos porque no nos está permitido hacer afirmaciones temerarias acerca de varones santos. Apoyándonos en una mera posibilidad, podríamos opinar que José hubiese tenido varias esposas, como las tuvieron Abraham y Jacob, y que de ellas procedieran los hermanos del Señor; hay muchos que así lo suponen, dejándose llevar más por una audacia temeraria, que por la piedad. Tú dices que María no permaneció virgen; yo digo más: que incluso el mismo José fue virgen por María, de tal modo que de unas nupcias virginales nació un Hijo virgen. En efecto, si la fornicación es inadmisible en un varón santo y no está escrito que él haya tenido

113. La cruz y el pesebre son objeto de singular veneración para san Jerónimo. En una carta que dirige al poderoso y autoritario patriarca de Alejandría, Teófilo, le dice que Cristo «salvó al género humano no entre rayos y truenos, sino con los vagidos del pesebre y tendido en la cruz». (*Cartas de San Jerónimo*, I, n. 1, 806).

114. San Agustín manifiesta una convicción semejante, asegurando que la fe en la virginidad de María dimana de las fuentes mismas de la revelación (*Contra Fausto*, 26, 7).

otra esposa, resulta que fue más bien custodio que marido de María, de la cual él era tenido por esposo. Queda, pues, como conclusión que permaneció virgen con María aquel que mereció ser llamado padre del Señor.

20. Puesto que ahora me propongo hacer algunas comparaciones entre la virginidad y el matrimonio, suplico a los lectores que no piensen que estoy denigrando las nupcias con el fin de ensalzar a los que guardan virginidad[115] y que establezco diferencias entre los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, o sea entre los que contrajeron matrimonio y los que se mantuvieron totalmente apartados del contacto con las mujeres. Por motivo, en efecto, de la diversidad de los tiempos, aquellos estuvieron sujetos a unas disposiciones distintas de las que nos afectan a nosotros, «los que hemos alcanzado las postrimerías de los siglos»[116].

Mientras estuvo en vigor aquella ley que decía: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra*[117], y también: *Maldita la estéril que no ha procurado descendencia a Israel*[118], todos tomaban esposa y contraían matrimonio y, dejando a los padres, se hacían una sola carne; mas, cuando resonó aquella voz que dice:

115. San Jerónimo cita con frecuencia el texto de la *Carta a los Hebreos* 13, 4, que dice: *Honrosas son las nupcias y el lecho sin mácula* (*Cartas de San Jerónimo*, I, 66, a Panmaquio, n. 3, 621; 79, a Salvina, n. 10, 795).

116. 1 Co 10, 11.

117. Gn 1, 28.

118. Cf. Ex 23, 26.

El tiempo es apremiante. Sólo resta que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen[119]; *El que se adhiere al Señor forma con él un sólo espíritu*[120]. ¿Por qué razón? Porque el que está sin mujer se preocupa de las cosas de Dios; a ver de qué manera agradará a Dios. Mas, el que tiene mujer se preocupa de las cosas de este mundo: de cómo agradar a su esposa. También la mujer está dividida y la virgen, al no haberse casado, se preocupa de las cosas de Dios, a fin de ser santa en el cuerpo y en el espíritu; pero la que está casada se preocupa de las cosas del mundo: de cómo agradar a su marido[121].

¿Por qué ladras? ¿Por qué resistes? Es aquel que es *vaso de elección*[122] quien habla de esta manera y dice: *La mujer está dividida y la virgen...* Mira cuanta felicidad se manifiesta en el hecho de que ella haya perdido incluso el nombre propio de su sexo: la virgen ya no es llamada mujer. *La que no está casada se preocupa de las cosas de Dios, a fin de ser santa en el cuerpo y en el espíritu.* La definición de virgen es ser santa en el cuerpo y en el espíritu; de nada serviría, en efecto, ser virgen en cuanto a la carne, hallándose mentalmente en estado de matrimonio. *La que está casada, en cambio, se preocupa de las cosas del mundo: de cómo agradar a su marido.* ¿Crees tú que el dedicarse día y noche a la oración y ejercitarse en ayunos viene a ser lo mismo que, en espera del

119. 1 Co 7, 29.
120. 1 Co 6, 17.
121. Cf. 1 Co 7, 32-34.
122. Hch 9, 15.

esposo, embellecerse el rostro, andar quebradamente[123] y simular caricias? La primera actúa de tal modo que procura desmerecer en la belleza corporal, mediante el rigor de vida; la otra se maquilla delante del espejo y, con afrenta del Artífice, se esfuerza en parecer más bella de cuanto lo es por nacimiento.

Añádese a esto que los niños no paran de charlar, los sirvientes murmuran entre ellos, los hijos reclaman que se les atienda inmediatamente con la vista y con las palabras; además hay que llevar cuentas de los gastos y controlar los desembolsos. Por un lado está el grupo bien armado de los cocineros que trituran la carne y por otro la turba de tejedores que no cesan de hacer ruido. Entre tanto se anuncia la llegada del esposo con sus compañeros. Ella, como una golondrina, revisa todas las habitaciones de la casa, para ver si todo está en orden, si los suelos están barridos, si las copas están aparejadas, si el almuerzo está a punto.

Respóndeme, por favor: ¿Entre todas estas cosas hay oportunidad para pensar en Dios? ¿Son felices estos hogares? Por otra parte, allí donde retiñen los tamboriles, suena la flauta, gorjea la lira y tintinea el címbalo, ¿puede experimentarse el temor de Dios?

123. Escribiendo a Marcela, san Jerónimo habla del porte y de las costumbres de las vírgenes y, entre otras cosas, dice que su andar no debe ser «ni precipitado ni tardo» (*Cartas*, *o. c.*, 24, 5, 214). A ciertas vírgenes las reprende por estar más preocupadas de su bien parecer que de la auténtica piedad y alude a su «andar quebrado con meneo de las rodillas» (*Carta* 22, 13, a Eustoquia, 170).

El parásito se exhibe entre insolencias, entran las víctimas destinadas a provocar el libertinaje y que, con la transparencia de sus vestidos, atraen las miradas impúdicas. En tales circunstancias la infeliz mujer o bien se deleita en ello y así se pierde, o bien se muestra ofendida y entonces el marido se ve implicado en disputas. De ahí deriva el desacuerdo, que es germen de divorcio.

Si se encuentra alguna casa en la que no ocurren estas cosas, lo cual no deja de ser una insólita excepción, con todo existen también en ella las preocupaciones originadas por la administración familiar, la educación de los hijos, las necesidades del marido y la corrección de la servidumbre. ¿A qué esposa todo esto no la apartará del pensar en Dios?

La Escritura dice: *Había cesado ya a Sara el flujo menstrual*[124] y después de ello se manifiesta a Abraham lo siguiente: *Haz todo lo que te dice Sara; escucha su voz*[125]. Aquella que ya no experimenta las angustias ni el dolor del parto, que ha dejado de ser mujer, por faltarle las funciones propias de la sangre del menstruo, queda liberada de la maldición divina[126] y ya no persiste en su destinación al varón, sino que, por el contrario, éste queda sometido a ella y la voz del Señor le ordena: *Haz todo lo que te dice Sara; escucha su voz*. Entonces ellos comienzan a entregarse a la oración. En efecto, mientras se pa-

124. Gn 18, 11.
125. Gn 21, 12.
126. Cf. Gn 3, 16.

ga el débito conyugal se descuida la práctica de una oración intensiva[127].

21. No negamos que se encuentren mujeres santas entre las viudas y las casadas, pero se trata de aquellas que dejaron de ser esposas y que, incluso estando sujetas a los deberes conyugales, imitan la castidad de las vírgenes.

Esto es en resumen lo que atestigua el Apóstol, hablando Cristo a través de él: *La que no está casada se preocupa de las cosas de Dios: de cómo agradar a Dios; la casada, en cambio, se preocupa de las cosas del mundo: de cómo agradar a su marido*[128]. A este respecto se nos deja campo libre para usar de nuestra inteligencia. El Apóstol a nadie impone una obligación o le tiende algún lazo, sino que aconseja una cosa buena, deseando que todos sean como él, a pesar de que no tenga un precepto del Señor acerca de la virginidad, porque es algo que sobrepasa la capacidad humana y, en cierta manera, resultaría temerario el forzar las inclinaciones naturales, diciendo: quiero que todos vosotros seáis como ángeles[129]. Por esta razón el guardar virginidad merece una recompensa superior, puesto que se deja de lado aquello que se podría realizar sin cometer pecado. Para los que comparten con él la fe añade el Apóstol lo

127. Conviene entender con benevolencia este juicio, refiriéndolo a la debilidad humana y no al estado matrimonial, que en modo alguno impide la santidad de vida. Véase la introducción, párrafo acerca de la virginidad y el matrimonio, p. 31.

128. 1 Co 7, 34.

129. Cf. Mt 22, 30.

siguiente: *Doy un consejo, como quien ha obtenido del Señor la gracia de ser fiel. Entiendo, pues, ser esto bueno a causa de la urgente necesidad, a saber: que es bueno para el hombre el estar así*[130].

¿De qué necesidad se trata? *¡Ay de las que estén encinta o estén criando en aquel día!*[131]. El bosque crece para ser después talado; el campo se siembra para ser luego segado. El mundo está ya repleto; la tierra ya no puede darnos cabida. ¡Cada día las guerras nos destrozan, las enfermedades nos eliminan, los naufragios nos tragan y, a pesar de todo ello, nos ponemos a litigar acerca de linderos![132].

A la ya expresada categoría de personas pertenecen aquellos que siguen al Cordero y no han mancillado sus vestiduras, pues han permanecido vírgenes[133]. Fíjate en lo que significa *han mancillado*. Yo no me atrevo a explicarlo, no sea que Helvidio me interprete maliciosamente.

130. 1 Co 7, 25-26.

131. Cf. Mt 24, 19; Mc 13, 17.

132. Este mismo asunto viene tratado por san Jerónimo en la Carta a Eustoquia: «¿Qué necesidad es ésta que viene a quitar goces de las nupcias? *El tiempo es corto; lo que cumple es que quienes tengan mujeres sean como si no las tuvieran* (1 Co 7, 29). Cerca está Nabucodonosor. *El león ha salido de su cubil* (Jr 4, 7). ¿Para qué quiero yo uniones que han de servir a un rey soberbísimo? ¿Para qué niños pequeñuelos, sobre los que llora el profeta, diciendo: *La lengua del lactante se pegó por la sed al paladar. Los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo partiera* (Lm 4, 4)» (*Carta* 22, n. 21, 178-179). Sin duda los peligros de las invasiones de los bárbaros y la prevista ruina del Imperio Romano inducen a san Jerónimo a hablar de esta manera.

133. Cf. Ap 14, 4.

En cuanto a lo que dices de que hay vírgenes de taberna[134], yo te digo aún más: que entre ellas hay incluso adúlteras[135] y lo que todavía puede causarte más estupor: que hay clérigos taberneros y monjes impúdicos. Pero, ¿quien no comprenderá al momento que no debería haber ni una virgen de taberna, ni un monje adúltero, ni un clérigo tabernero? ¿Acaso la virginidad será la culpable de que haya pecado uno que aparenta vivir virginalmente? Por mi parte, prescindiendo de las otras personas y refiriéndome únicamente a una virgen que haga de vendedora, diré que ignoro si permanece virgen en el cuerpo, pero que ciertamente no lo es en cuanto al espíritu.

22. Hemos hablado al estilo de los retóricos y nos hemos ejercitado un poco a la manera de los declamadores. Nos obligaste a ello, Helvidio, tú que, resplandeciendo ya la fulgurante luz del Evangelio, pretendes que corresponde idéntica gloria a las vírgenes y a las casadas. Me imagino que, una vez que has sido vencido por la fuerza de la verdad, te dedicarás

134. Tabernas eran llamadas tanto las hosterías y albergues públicos, como las tiendas ubicadas en la planta baja de muchos edificios de la ciudad de Roma. Eran lugares concurridos y frecuentados por toda clase de personas y en donde la promiscuidad de sexos era inevitable. La mala fama en cuanto a la moralidad era inseparable de estos lugares.

135. Adúltera es considerada la virgen que quebranta la fidelidad prometida al Señor. Se llamaba «agapetas» a las vírgenes que convivían con clérigos u otros varones, con descrédito de su estado y con peligro de quebrantar sus votos. Con palabras muy fuertes habla contra ellas san Jerónimo en su carta a Eustoquia, n. 14, 170.

a injuriarme y a desacreditar mi vida. Esto es lo que suelen hacer las mujerzuelas que, desde los rincones, maldicen del dominio ejercido por sus señores. En previsión de esto afirmo que serán para mí una gloria tus insultos y que, con la misma boca con que denigraste a María, me desgarres a mí y que una misma elocuencia canina recaiga sobre el siervo y sobre la Madre del Señor.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 28 83.
3, 16: 86.
11, 27: 72.
12, 4-5: 73.
13, 8: 72.
13, 11: 72.
14, 14: 73.
14, 16: 73.
18, 11: 86.
20, 12: 76.
21, 12: 86.
28 y 29: 73.
29, 11-12: 73.
29, 15: 74.
31, 36-37: 74.
35, 4: 55.
38, 26: 59.

Éxodo

2, 18: 70.
3, 1: 70.
12, 29: 32.
21, 2: 71.
23, 26: 83.
34, 19-20: 62.

Levítico

12, 2-4: 60.
18, 9ss.: 77.

Números

18, 15: 62.
18, 16-17: 62.
36, 1ss.: 76.

Deuteronomio

15, 12: 71.
17, 15: 71.
20, 7: 49.
22, 1-2: 72.
22, 23-24: 49.
22, 25: 49.
34, 6: 55.

Jueces

6, 32: 70.
7, 1: 70.

2 Reyes

19, 1: 70.

2 Crónicas

26, 1ss.: 70.

Salmos

6, 6: 47.
21 (22), 23: 75.
109 (110), 1: 54.
118 (119), 123: 55.
122 (123), 2: 55.
132, (133), 1: 75.

Cantar de los Cantares

4, 12: 26.

Isaías

7, 14: 50.
46, 4: 53.
66, 5: 75.

Jeremías

5, 8: 60.
34, 14: 71.

Ezequiel

44, 2-3: 20.

Daniel

13: 50.

Mateo

1, 18ss.: 45.
1, 20: 51, 57.
1, 24-25: 46, 52.
1, 25: 52, 59.
3, 10: 44.
12, 46: 64.
12, 49-50: 75.
13, 54-56: 65.
13, 55: 78.
16, 16ss.: 70.
19, 28: 54.
22, 30: 87.
24, 19: 88.
27, 55-56: 66.
28, 20: 54.

Marcos

3, 18: 70.
3, 32: 76.
6, 1-3: 65.
13, 17: 88.
15, 40: 66.
15, 41: 66.
15, 47: 67.
16, 1-2: 67.

Lucas

1, 34: 51.
2, 4-7: 61.
2, 7: 60.
2, 10-11: 57.
2, 14: 57.
2, 19-51: 58.
2, 22-24: 63.
2, 27: 50.
2, 29-30: 58.
2, 33: 50, 58.
2, 43: 51, 53.
2, 48: 51, 79.
6, 16: 70.
24, 10: 67.

Juan

1, 1-14: 22.
1, 45: 79.
2, 12: 65.
7, 3-4: 65.
7, 5: 65, 69.
19, 25: 68, 70.
20, 17: 75.

Hechos de los Apóstoles

1, 14: 65
9, 15: 84.
12, 2: 69.

Romanos

9, 3-4: 72.

1 Corintios

5, 11: 75.
6, 17: 84.
7, 25-26: 88.

7, 29: 84.
7, 32-34: 84.
7, 33-34: 34.
7, 34: 87.
9, 4-5: 66.
10, 11: 83.
15, 23-27: 54.

Gálatas

1, 18-19: 65, 69.
2, 2: 65.
2, 9: 69.

ÍNDICE DE NOMBRES Y DE MATERIAS

ABRAHAM:
— inicio de la genealogía de Cristo: 37.
— parentescos: 72, 73, 74.
— Sara, su esposa: 86.
AGUSTÍN, san:
— nacimiento virginal de Cristo: 22.
AMBROSIO, san:
— María modelo de vírgenes: 7.
— san José: 29.
ÁNGELES:
— en la natividad de Cristo: 57.
— naturaleza humana y angélica: 87, 88.
ANUNCIACIÓN:
— del ángel a José: 45, 46.
APÓCRIFOS:
— desvaríos de los apócrifos: 60.
— rechazo de S. Jerónimo: 22, 23.
APÓSTOLES:
— enseñados por Cristo: 75.
ASCESIS:
— prácticas ascéticas en Roma: 9-12.

BELÉN:
— empadronamiento y natividad de Cristo: 28, 59-61.
— morada amadísima de S. Jerónimo: 36-37.

CAFARNAÚN:
— morada de Jesús: 64-65
CARTERIO:
— escribe acerca de la virginidad de María: 14, 78.
CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: 29.
CONCEPCIÓN VIRGINAL: 20-23, 45-49.
CONOCER:
— diversos sentidos de esta palabra: 52-53.
CRUZ:
— humillación y gloria: 22-23, 81.
— devoción de S. Jerónimo a la cruz: 82.
— mujeres junto a la cruz: 66-68.
— María al pie de la cruz: 67-68.

DÁMASO, san:
— relaciones con S. Jerónimo: 12.
DIANA:
— incendio del templo de Diana: 18, 77.

EGIPTO:
— muerte de los primogénitos: 63-64.
EPIFANIO DE SALAMINA, san: 19, 25, 29.
ESDRAS: 56.
ESPÍRITU SANTO:
— en la concepción de Jesús: 45, 49, 79.
— en la profecía de Simeón: 50.

— invocación al Espíritu Santo: 44.
— María, santuario del Espíritu Santo: 77.
EUSEBIO DE CESAREA: 29.
EXÉGESIS:
— labor exegética de S. Jerónimo: 7, 16.

FE EN LA VIRGINIDAD DE MARÍA:
— fundada en la S. Escritura: 56, 82.

HELVIDIO:
— hombre atrevido e ignorante: 43, 77.
— opuesto a la Escritura y a la Tradición: 77, 80.
HERMANOS:
— diversos sentidos de esta palabra: 71-77.
— los «hermanos del Señor»: 64-72.
HERODES:
— en la infancia de Jesús: 58.
— en el martirio de Santiago el Mayor: 69.
HILARIO: 29.

IGNACIO DE ANTIOQUÍA, san: 26, 80.
ILDEFONSO DE TOLEDO, san: 19.
IRENEO, san: 26, 80.

JACOB: 82.
JERUSALÉN:
— el niño Jesús en Jerusalén: 57-58, 79.
JOSÉ, san:
— custodio y Esposo de María: 48-49, 83.
— virginidad de José: 28, 82-83.
JUSTINO, san: 26, 80.

LEYES:
— acerca del matrimonio: 48-49, 76-77.
— acerca de los primogénitos: 61-64.

MARÍA (la Virgen):
— profecía de Isaías: 50.
— tabernáculo de Dios: 44, 58, 77.
— virgen, esposa y madre: 45-51, 57-59.
MARÍA (otras distintas de la Virgen):
— identificación de estas mujeres: 66-68.
MATRIMONIO:
— virginal de José y María: 45 y ss.
— virginidad y matrimonio: 31-34, 83-89.
MOISÉS:
— autor del Pentateuco: 55-56.
— sepulcro de Moisés: 55.
MONAQUISMO:
— inicios del Monaquismo en Roma: 9-12.

NAZARET: 79.

ORACIÓN:
— asidua: 84-87.
— súplica de S. Jerónimo: 44.

ORÍGENES: 25.

PABLO APÓSTOL:
— doctrina sobre la virginidad: 83-89.
— posible viaje a España: 47.
PATRIARCAS Y SUS ESPOSAS: 82, 86.
POLICARPO, san: 26, 80.
PRIMOGÉNITOS: 61-64.
PURIFICACIÓN DE LAS MADRES: 59-60.

RETÓRICA:
— en Helvidio y en S. Jerónimo: 44, 78, 89-90.

SAGRADA ESCRITURA:
— apoyo de la fe: 82.
— códices y traducciones: 58-59.
SANTIDAD:
— en la virginidad y en el matrimonio: 87-89.
SARA Y ABRAHAM: 86.
SÁTIRA:
— en Juvenal y en la literatura clásica: 35.

TERTULIANO: 80.

VICTORINO DE PETTAU: 80.
VIRGINIDAD:
— de S. José: 28, 82-83.
— perpetua virginidad de María: 45 y ss.
— en la Iglesia: 9-12, 31-43, 83-86.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

Virginidad y monaquismo en Roma 8
Helvidio 13
Respuesta acertada y vehemente 15
María, virgen perpetua 19
José, el varón justo 27
Los «hermanos» del Señor 29
Virginidad y matrimonio 31
La casa romana 34
La Madre y el siervo del Señor 36

Sumario Cronológico de la vida de San Jerónimo 39

San Jerónimo
LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA
(Contra Helvidio) 41

Índice Bíblico 93
Índice de nombres y de materias 97

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES, 2ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD, 2ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES, 218 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO, 162 págs.

5 - **San Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS, 108 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO, 118 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS, 100 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA, 148 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS, 140 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO, 166 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO, 2ª Ed., 108 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA, 144 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS, 196 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?, 138 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN, 354 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS, 148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO, 228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA, 132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS, 128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS, 122 págs.

21- **Ambrosio,** LA PENITENCIA, 140 págs.

22- **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL, 420 págs.

23- **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS, 252 págs.

24- **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO, 252 págs.

Próximos volúmenes:

— **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO.
— **Cesareo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS.
— **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA Y ELOGIO DE BASILIO.
— **Basilio Magno,** EL HEXAMERON.
— **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.
Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu.
La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.
De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades.
Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.
La colección, preparada por la Editorial Ciudad Nueva con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, está siendo realizada por profesores competentes y especializados en cada una de las obras, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.